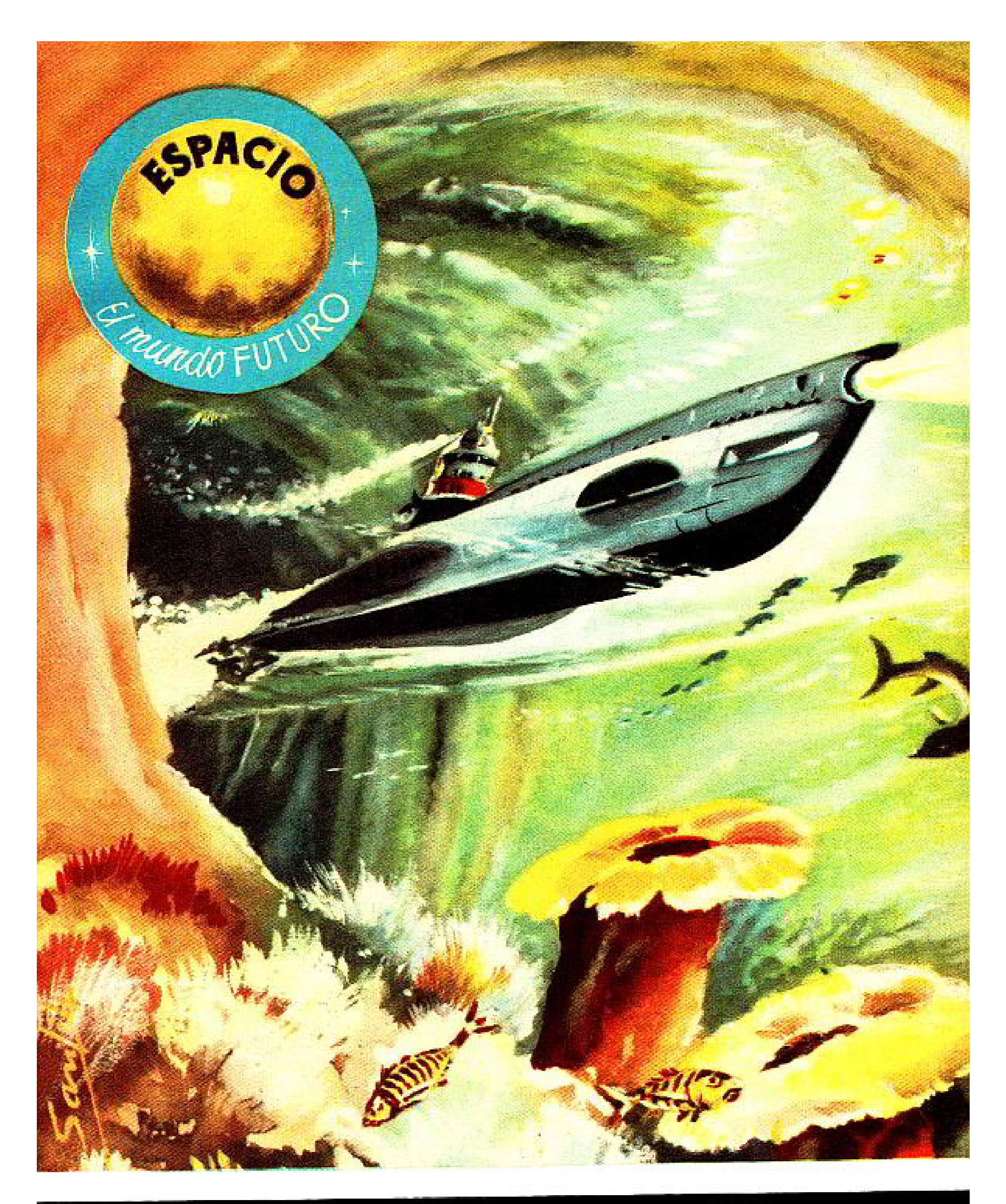


LOS EXTRAÑOS

CLARK CARRADOS

Olía muy bien, por cierto. El delicioso aroma de la carne asada llegó a través de aquel espacio hasta su sensible pituitaria, impresionando las células olfativas y causando espasmos de dolor en su estómago. Sin poderlo remediar, sacó la lengua y se humedeció los labios ansiosamente, aumentada repentinamente la secreción de sus glándulas salivares.

Era ya de noche y lo único que se veía era aquella diminuta luz rojiza, encima de la cual, seguramente estaba tostándose un animal: un conejo, una gallina… o aunque fuera una rata, le daba lo mismo. El caso era que allí frente a él había carne y su estómago sufría frecuentes retortijones a causa del hambre que padecía.

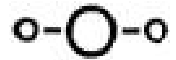
Era un hombre derrotado.



Clark Carrados

Los extraños

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 177



ePub r1.0
LDS 24.12.18

Título original: *Los extraños*
Clark Carrados, 1959
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




LOS EXTRAÑOS

CAPÍTULO PRIMERO



adecía atrozmente de hambre y carecía de alimentos con que satisfacerla. Bueno, quizá éstas no sean las palabras exactas, puesto que allí, en el fondo de la pequeña barrancada, a unos cincuenta metros de distancia, había algo que podía llenar su estómago.

Olía muy bien, por cierto. El delicioso aroma de la carne asada llegó a través de aquel espacio hasta su sensible pituitaria, impresionando las células olfativas y causando espasmos de dolor en su estómago. Sin poderlo remediar, sacó la lengua y se humedeció los labios ansiosamente, aumentada repentinamente la secreción de sus glándulas salivares.

Era ya de noche y lo único que se veía era aquella diminuta luz rojiza, encima de la cual, seguramente estaba tostándose un animal: un conejo, una gallina… o aunque fuera una rata, le daba lo mismo. El caso era que allí frente a él había carne y su estómago sufría frecuentes retortijones a causa del hambre que padecía.

Era un hombre derrotado.

Se llamaba Kit Dugan y, como tantos otros muchos, era un vagabundo más en aquel planeta destruido por un inesperado ataque que había reducido a ruinas al noventa por ciento de las ciudades. El ataque había durado apenas tres días, lo suficiente para exterminar, con bárbara frialdad, miles de millones de vidas humanas, la inmensa mayoría de las cuales se habían visto envueltas en aquel torbellino de fuego que caía del cielo, sin saber siquiera por qué caía ni mucho menos, quién vertía aquella implacable y ardiente lluvia sobre la faz del planeta.

Kit había presenciado escenas de un horror inenarrable y sólo su gran reciedumbre y fortaleza física le habían hecho pasar a formar parte del número de los supervivientes. Pero ahora estaba solo y trataba de continuar viviendo, cosa no tan fácil como parecía a simple vista.

En primer lugar, una ola de barbarie se había desatado sobre las escasas personas que habían tenido la suerte de escapar a la muerte. La ley de la selva había descendido sobre el globo y sólo se pensaba en vivir, fuera como fuera, sin importar poco o mucho los medios que se empleasen para ello.

Después, se trataba de apoderarse de aquella comida. Kit ya sabía que no se la entregarían de buen grado, ni siquiera le darían un muslo o un trozo de costilla. Al contrario, si no actuaba de modo convincente, se exponía a recibir un disparo entre los omoplatos o un garrotazo en mitad de la frente. Y el que sólo tenía un garrote como arma ofensiva y defensiva, lo empleaba a conciencia y no paraba hasta sentir el chasquido de los huesos de su adversario. Era una jungla de nueva especie en la que se vivía y en la que sólo había una ley: la de sobrevivir al precio que fuera.

Durante unos momentos, Kit estuvo especulando acerca del modo más conveniente para sus fines con que desarrollar su ataque. Tenía un revólver y, afortunadamente, abundante cantidad de municiones, pero no lo usaba, en primer lugar, porque una vez las consumiese, no sabía dónde reponerlas; y en segundo, porque la detonación podría alertar a otros merodeadores que acudirían a aquel lugar, atraídos por la detonación, como las moscas a la miel. Después de la catástrofe, un gran silencio reinaba, día y noche, sobre el globo, y cualquier ruido, por mínimo que fuera, podía oírse

a gran distancia.

Tenía que acercarse al individuo que estaba cocinando la carne. Sí, esto era lo mejor. Cuando estuviese a corta distancia, buscaría una buena piedra y…

Adoptado ya el plan táctico de ataque, Kit se dispuso a ponerlo en ejecución. El terreno era muy quebrado y abundante en toda clase de matorrales. Por el fondo de la barrancada pasaba un pequeño arroyo, que no podía en modo alguno constituir obstáculo para el logro de sus fines.

Deslizándose sigilosamente a través de la espesa vegetación, fue descendiendo oblicuamente hasta el fondo de la barrancada, situándose a sotavento, a unos cien metros del lugar donde se veía la pequeña hoguera. Adoptó tal posición porque, lo sabía por experiencia, después de la catástrofe, los sentidos humanos se habían desarrollado en grado superlativo y no era la primera vez que un hombre descubría a otro sólo por el olfato. Y Kit no quería que le sucediese tan desagradable coyuntura. Si el de la hoguera se le anticipaba, no tendría compasión de él; los tiempos no estaban como para mantener cierta clase de sentimientos, propios solamente de los débiles.

Atravesó el arroyo, cuyas aguas apenas si le llegaban a medio muslo. Pasó a la orilla, llena de guijarros, y siguió unos cuantos metros hasta llegar a la pared opuesta de la barrancada, emprendiendo entonces el ascenso a la misma, siempre ocultándose en las plantas y matas que aun abundaban, todas ellas propias de un país de clima templado.

Poco a poco fue ganando terreno. De vez en cuando una ráfaga de aire le traía una bocanada de olor a carne asada, lo cual provocaba en su estómago dolorosos espasmos de hambre. Llevaba ya cuarenta y ocho horas sin ingerir el menor alimento y empezaba a sospechar que cada vez estaba más cerca de convertirse en una fiera.

A veinticinco metros de distancia de la hoguera se detuvo, agazapado tras un matorral. Buscó con la mano, a tientas, una piedra, hasta hallarla. La sospesó sin mirarla. Perfecto. Era el proyectil que deseaba.

Ahora ya sólo le faltaba hallar la coyuntura propicia para arrojarla. Aunque de modo confuso, podía ver al individuo al otro

lado de la hoguera, acuclillado al lado de ésta, cuidando del asado para que no se quemara y dándole vueltas con mucha frecuencia. Por el olor calculó Kit que antes de diez minutos la carne estaría lista para ser devorada. La boca se le hizo agua sólo de pensar en ello.

Se incorporó a medias y salió de su escondite. Había visto otro matorral a diez metros y pensaba situarse tras él, aprovechando que el individuo se hallaba al otro lado de la hoguera, lo cual, si a él mismo le favorecía, en cambio no podía menos de perjudicar a su antagonista en potencia, puesto que el resplandor de las llamas tenía que deslumbrarlo forzosamente. Y en casos así había que aprovechar la menor de las circunstancias con tal de lograr el éxito.

Kit se puso en pie y echó a correr. Instantáneamente, su pie se enredó en algo y cayó al suelo.

Lanzó una maldición cuando un pote vacío resonó claramente en medio de la obscuridad de la noche. Trató nuevamente de ponerse en pie, pero entonces advirtió que algo se lo había enredado en el tobillo.

Parecía un lazo o algo por el estilo. Intentó desligarse de la trampa, dando un par de fuertes tirones, pero cada vez que lo hacía, la cuerda se le ceñía con más fuerza en torno al miembro y el pote resonaba con más fuerza.

Oyó pasos precipitados que corrían hacia él. Vagamente entrevió la silueta de una persona, destacándose contra el rojizo fulgor de la hoguera. Sin titubeos, echó mano a su revólver.

Al mismo tiempo, temiendo que el otro pudiese estar también armado, se arrastró en sentido opuesto hasta colocar el cuerpo detrás del matorral en que hasta entonces había permanecido resguardado. Los pasos se hicieron más perceptibles.

Todo sucedió tan rápido, que Kit no tuvo tiempo para actuar de otra manera. Una voz dijo: «¡Ya te tengo, condenado!», o algo por el estilo, y, en el acto, un par de fuertes manos le asieron el tobillo.

De repente, un grito de susto se elevó en la quietud de la noche. Kit se quedó tan parado al oír el chillido, que estuvo a punto de no poder reaccionar.

Pero lo hizo y más pronto que el otro. A pesar de su desfavorable posición, supo incorporarse y, abrazándose a las piernas de su enemigo, lo derribó al suelo.

—¡Quieto, no se mueva! —jadeó.

Unos ojos muy grandes le miraron con expresión de susto. Después, se fijaron en el revólver que el joven empuñaba.

Era una mujer, joven y bonita, a juzgar por lo poco que en la obscuridad podía ver Kit. Mas no por ello desvió el cañón del rostro de su prisionera, a la cual tenía sujeta por el cuello con la mano izquierda.

—¿Lleva usted armas? —preguntó.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Muy bien —dijo el joven—; entonces, levántese y suélteme este lazo que tengo en torno al tobillo. No intente hacerme ninguna faena, porque la mataría sin vacilar.

Kit no era hombre que usase tal lenguaje con las mujeres, pero la experiencia adquirida en los últimos tiempos le había hecho saber que la diferencia de sexo no era obstáculo para matar cuando de sobrevivir se trataba. Su prisionero podía ser joven y bonita, como lo era, en efecto, pero no estaba seguro de que, a poco que se descuidase, no le iba a rebanar el pescuezo. No sería el primero ni, desgraciadamente, tampoco el último.

Ella lo miró en silencio y, sin pronunciar una sola palabra, se arrodilló, tanteando en las tinieblas hasta hallar el lazo. Lo soltó y entonces Kit disparó su brazo izquierdo, asiendo el de la joven.

Los dos se contemplaron unos segundos en esta postura. Después, Kit dijo:

—Vamos para allí. Creo que se está quemando el asado.

Entonces fue cuando ella habló por primera vez. Con cierta incongruencia femenina, en opinión del hombre.

Dijo.

—¡Cómaselo usted y ojalá se envenene! ¡Yo ya no lo quiero!

Kit la empujó hacia la hoguera.

—No sea tonta —dijo—. Tengo el sentido del olfato tan desarrollado ya, que por el olor de una cosa calculo su volumen. Eso que está usted asando tiene suficiente carne para los dos.

Llegaron a la hoguera, sin que, ni por un solo momento, Kit hubiera soltado el brazo de la joven. Arrojó una mirada en torno suyo y, no pareciéndole ver armas de ningún género, abrió los dedos.

—Bien —dijo—, discúlpeme si la trato así; pero ya sabe usted lo

que sucede en estos tiempos.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, quedando de pie, inmóvil.

—Vamos —gruñó Kit—, no sea así. Después de todo, no pienso causarle ningún mal. Sólo trato de comer. Hace dos días que no pruebo bocado, ¿sabe? Pasaba cerca de aquí y al oler la carne asada…

Se calló. La joven continuaba en la misma actitud hierática y desdeñosa, como si hiciese caso omiso de sus palabras.

Kit se encogió de hombros.

—Bueno, a su gusto, señorita —dijo, tomando del asador que ella había improvisado la pieza que se había tostado al fuego y que era una gallina de regular tamaño. Sopló un poco y luego se sentó, agarrando son ambas manos el asador.

Pero no pudo comer, a pesar del hambre que le torturaba. La postura de la muchacha le tenía inquieto y desazonado.

—¡Por los clavos de Cristo! —rezongó—. Siéntese y coma de una vez. Repito que no quiero hacerle daño; sólo trato de…

—Haga lo que tenga que hacer y márchese de una vez. Quiero estar sola; no deseo la compañía de nadie y menos la de usted.

—Le digo y le repito que no trato de causarle ningún mal. En cuanto haya satisfecho el hambre me iré, si eso puede tranquilizarla.

Kit no recibió contestación alguna de la muchacha. Al fin, encogiéndose de hombros, tomó un muslo del ave y empezó a comer.

La carne estaba medio quemada y carecía de sal como condimento, pero cayó en el hambriento estómago del joven como un benéfico maná. Luchó por separar un alón y entonces vio que la muchacha se sentaba frente a él, con las piernas recocidas a la usanza turca.

Ella iba vestida con una sucia camisa y unos pantalones de hombre, indudablemente pertenecientes a una persona mucho mayor. Mas, a pesar de todo, se veía que su anatomía estaba perfectamente constituida y que, vestida como debiera ir, tenía que ser un portento de belleza, cosa que aun ahora se advertía, pese a la holgura de aquellas rotas prendas, a una mancha de tizne en su mejilla izquierda y al relativo desaliño de sus rubios cabellos.

Hábil sicólogo, Kit se dio cuenta de que la muchacha padecía

también hambre y que este sentimiento estaba dando al traste con el orgullo de que hasta entonces había hecho gala. Compadeciéndose en su fuero íntimo de la joven, desgarró la gallina y le entregó un trozo mayor de la mitad del ave.

Ella dudó, pero acabó por aceptar al cabo.

—Gracias —dijo solamente, empezando a comer.

Cuando terminaron los dos, casi a una, se dirigieron al arroyo, donde tomaron unos buches de agua y se lavaron. Después, Kit cogió el morral de espalda en el que guardaba sus escasas pertenencias y se dispuso a ausentarse.

—Gracias por la comida, señorita. Realmente, estaba tan hambriento que me hubiera comido una mula con patas y todo. Tengo un revólver…, pero no me atrevo a utilizarlo por temor de atraer con el estampido a los merodeadores. Si quiere un consejo —añadió—, apague la hoguera, ahora que hemos comido. En estos tiempos no es conveniente…

—Lo sé —dijo ella secamente.

—Fue usted la que armó el lazo que me atrapó el tobillo, ¿verdad? Ya me lo supongo. Una trampa muy hábil y muy bien hecha. Tendría que enseñármela a así para cazar animales con ella.

Kit no recibió ahora tampoco la menor respuesta.

Desalentado, se afianzó el morral y dio media vuelta, emprendiendo la marcha.

Pero apenas había dado unos cuantos pasos, cuando la voz de la muchacha hirió sus tímpanos.

—¡Espere un momento!

Kit giró sobre sus talones. La miró y retrocedió.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

El joven dio su nombre. Ella murmuró:

—Yo me llamo Joyce Fulbright. Le ruego me dispense la actitud de hace tan sólo unos momentos.

Kit sonrió.

—Yo también tengo que pedirle mil perdones por la forma de comportarme con usted… haberme apoderado de media gallina sin su consentimiento.

—No tiene la menor importancia, señor Dugan. Comprendo muy bien los sentimientos que le impulsaron a actuar de tal manera, porque yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

—Gracias per su franqueza, Joyce. Dispense el tratamiento, pero en esta época de desastres, resultan ridículos, ¿no le parece?

Ella suspiró, pasándose una mano por la frente.

—Sí, creo que tiene usted razón. A veces pienso… Oh, esta soledad, esta forma de vivir… Kit, ¿cree usted que una persona puede vivir así, como los salvajes, luchando de continuo con la existencia, convertidos todos en unas fieras que no buscan, no buscamos, mejor dicho, más que la satisfacción de nuestros propios apetitos?

—Es una consecuencia lógica y natural del desastre que se abatió sobre nosotros, después de que «ellos» comenzaron el ataque. Hace años que voces autorizadas habían predicho algo similar, pero nadie quiso hacerles caso. Ahora —añadió lúgubremente— estamos pagando las consecuencias.

Joyce se sentó de pronto en el suelo. Descargándose el morral, Kit la imitó, y después arrojó tierra a la hoguera, apagándola casi del todo.

La muchacha observó en silencio la operación sin objetar nada. Cuando Kit hubo terminado, dijo:

—¿Usted es también de los que creen que «ellos» vinieron de otro mundo?

El joven guardó unos momentos de silencio antes de dar la respuesta.

—Es difícil contestar a esa pregunta, Joyce, Tanto usted, como yo, como el resto de los que han logrado sobrevivir, sabemos que la muerte vino de arriba. De una forma súbita y brutal, sin prevención alguna, sin que nadie recibiese el menor aviso, hasta ver las primeras llamaradas.

—Algunos creían que eran los orientales los que habían desencadenado la guerra, Kit.

—¿Los orientales? Oh, no, eso es absurdo. Sus ciudades comenzaron a arder al mismo tiempo que las nuestras. Las bombas fueron repartidas imparcialmente en todos los puntos del globo, sin distinción de nacionalidades.

—Pero es que resulta demasiado fantástico pensar que un enemigo extraterrestre haya tratado, y conseguido, de aniquilar la vida en nuestro planeta, Kit. ¿De dónde iba a venir? Los mundos de nuestro sistema están tan alejados que resulta inconcebible que sus

hipotéticas naves puedan desplazarse en el espacio con el solo objeto de destruir la vida en un planeta que es en la inmensidad cósmica menos que una gota de agua en los océanos.

—Todo está muy bien —contesto seriamente el joven—; pero el caso es que las bombas las lanzaron… y nosotros hemos vuelto a una segunda Edad de Piedra, en la que la única ley existente es la del más fuerte.

Ella se estremeció vivamente.

—Por favor… —dijo, y Kit entendió que Joyce debía tener algún mal recuerdo para hablarle en aquella forma.

Se puso en pie. Joyce lo miro extrañada.

—¿Qué hace usted?

—Me voy de aquí —dije.

—¿Por qué?

—Quizá a usted no le guste mi compañía. En estos tiempos, las personas decentes suelen andar solas.

—¡Oh, qué tontería, Kit! —exclamó ella, enojada—. ¿No creo que ya es hora de que empecemos a desechar esos estúpidos prejuicios y tratar de volver a ser lo que éramos antes del Primer Día de la Catástrofe?

Kit asintió.

—En mi fuero interno —respondió—, siempre he sostenido esa teoría. Pero, hasta ahora, la práctica se ha encargado de desmentirla. Sus palabras me enorgullecen, Joyce; eso demuestra que usted tiene confianza en mí.

—Somos seres humanos, ¿no?, y debemos compartamos como tales. Si no comenzamos a…

La muchacha se interrumpió bruscamente. Y Kit comprendió al instante las causas de aquella interrupción.

—¡«Ellos» están ahí! —exclamó, en voz baja, de modo maquinal.

Actuando rápidamente, se inclinó sobre ella y la tomó por un brazo.

Susurró:

—Venga conmigo —susurró—; hemos de escondernos.

CAPÍTULO II



os dos jóvenes, cogidos de la mano, echaron a correr.

Su carrera no duró mucho. A pocos metros del lugar donde Joyce había acampado, se alzaba el talud de la barrancada, en un sitio abrupto y muy empinado, con algunos salientes rocosos, que podían ofrecer alguna protección contra indiscretas miradas que fueran arrojadas desde un plano superior.

Kit y Joyce se escondieron bajo uno de aquellos resaltes, agazapándose el uno junto al otro y contemplando el cielo estrellado, en tanto, el joven tenía su revólver a punto, aunque con la mano a la espalda.

Por encima de su cabeza, a una distancia imprecisa, pero que no podía ser inferior nunca a varios centenares de metros, se divisaba una serie de intermitentes chispazos rojizos, cuya fuente de origen, a juzgar por lo que podían ver, se desplazaba con suma lentitud, describiendo un amplio círculo en torno al lugar en que ellos se

encontraban.

Kit comprendió que se encontraba ante una de las misteriosas naves que habían atacado el planeta, reduciendo a escombros la inmensa mayoría de las ciudades y ejecutando una matanza sin precedentes en la historia de la humanidad.

—¿Nos arrojarán una bomba? —murmuró Joyce, temerosa.

Kit no contestó. Sabía cuál era el proceder de aquellos extraños individuos, apenas se encontraban con algún lugar habitado o simplemente bajo sospecha de estarlo. Para ellos, las bombas no parecían tener ningún valor y las arrojaban con toda facilidad, con el fin de conseguir el total exterminio de la raza humana. Tenía sobre sí algunos objetos metálicos, el revólver uno de ellos, y sabía que aquellos seres disponían de potentes detectores que localizaban con fantástica precisión cualquier cosa que tuviese un poco de hierro o acero. Por ello tenía a la espalda la mano armada, tratando de interferir los posibles rayos radáricos de sus enemigos.

Permanecieron así todavía unos momentos, quietos, inmóviles, apenas respirando, en tanto que contemplaban los rastros de fuego de la extraña nave, que continuaba evolucionando por encima de sus cabezas.

De pronto, una bola de fuego se desprendió de la nave. Bajó muy lentamente, brillando con deslumbrante blancura y disipando las tinieblas en un radio de centenar de metros. Kit y Joyce se vieron obligados a taparse los ojos con el antebrazo, para evitar ser cegados por aquel intolerable ramalazo de luz.

La cosa duró unos cuantos minutos, diez, como máximo, pero cuyo período de tiempo se hizo interminable a los dos jóvenes. Al cabo, el fulgor cesó tan repentinamente como había empezado.

La noche se hizo ahora tan insoportable como unos momentos antes la luz. Durante unos momentos, Kit y Joyce parpadearon, tratando de habituar sus pupilas, consiguiéndolo con exasperante lentitud.

Entonces fue cuando la muchacha quiso salir de aquella oquedad. Kit alargó el brazo, deteniéndola.

—No lo haga —dijo simplemente.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—La nave continúa ahí —replicó Kit—. Hasta que no se haya ido no podemos pensar en arriesgarnos a salir de aquí. Esos tipos son

muy astutos y usan de todas las artimañas posibles con tal de conseguir sus siniestros fines.

Como si las palabras del joven hubieran tenido un significado premonitorio, la nave comenzó a perder altura lentamente. Ahora ya no salían chispas de su interior, pero era claramente perceptible como un disco de total negrura que tapaba un trozo de cielo, ocultando el titubeante brillo de las estrellas.

Kit sintió que su corazón le latía violentamente en el pecho. Aguardó en aquel lugar, con toda su piel empapada en sudor, temiendo de un momento a otro el estallido que iba a poner fin a sus vidas.

La nave descendió tanto que, incluso en la oscuridad, pudieron percibir algunos de sus detalles. Era de forma circular, pero había bajado a tan corta distancia del suelo, que desde el punto en que se hallaban, tenía todo el aspecto de un submarino flotando en el aire, a medio metro del suelo. Permaneció así unos segundos, emitiendo un halo fosforescente en torno suyo, apenas perceptible, pero que, sin embargo, delimitaba claramente sus contornos, y luego, bruscamente, una escotilla se abrió en uno de sus costados.

La abertura era rectangular y derramaba una fuerte iluminación, procedente de las entrañas del navío. De momento, Kit y Joyce no pudieron ver nada que no fuera unas desnudas paredes metálicas, pero, de pronto, una negra silueta se dibujó, nítidamente recortada contra la luz.

El corazón del joven latió violentamente al darse cuenta de que tenía frente a sí a uno de los invasores extraterrestres que tantos daños habían causado. Tentado estuvo de disparar su revólver contra aquel individuo que se hallaba a menos de cuarenta metros de distancia, pero la voz de la prudencia contuvo oportunamente su gesto.

El aspecto de aquel ser era humano, ya que tenía dos brazos y dos piernas como cualquier terrestre. No se podían apreciar claramente los detalles de su indumentaria, mas parecía usar escafandra de vacío, a juzgar por el bulto que hacían sus ropas y por el grosor del objeto que se destacaba sobre sus hombros. En la mano llevaba un extraño artefacto de forma alargada, que Kit supuso sería alguna de sus armas individuales, cuyos efectos, afortunadamente, desconocía.

El joven supuso que la atmósfera debía de ser nociva para aquellos seres, ya que se veían obligados a utilizar escafandra. Posiblemente, pensó, venía de algún planeta en cuya superficie se respiraba otro gas, lo cual quería decir que su metabolismo era completamente distinto al humano terrestre, a pesar de la aparente analogía en la forma física. Fuera como fuera, se dijo, estaba allí y debían prepararse para defender sus vidas a toda costa.

El extraño ser saltó al suelo. Otro congénere apareció en la puerta de la esclusa, igualmente equipado y armado y, emparejándose con el anterior, echaron a andar hacia el lugar en que los dos jóvenes habían estado unos momentos antes.

—Vienen hacia aquí —susurró el joven, percibiendo claramente el temblor de la muchacha.

Miró en torno suyo, buscando un escondite más eficiente que el que tenían. A su izquierda, bajo el mismo resalte, había unos matorrales.

Empujó a la muchacha, hasta situarse los dos tras los vegetales, en tanto se acercaba la pareja de extraños, a quienes se veía claramente escudriñar el terreno. Kit sintióse de pronto muy deprimido al advertir que aquellos matorrales no podrían ocultarlos tan bien como ellos quisieran, y su mano apretó con creciente nerviosismo la culata del revólver.

Poco a poco, con exasperante lentitud, los dos extraños fueron acercándose al lugar en donde había estado encendida la hoguera. Al llegar allí se detuvieron, mirando en torno suyo, como si quisieran averiguar dónde se habían ido los que hasta entonces habían estado en aquel sitio.

Súbitamente, un rayo de luz apareció sobre cada una de las escafandras de aquellos individuos. Kit vio que cada uno de ellos llevaba su proyector individual, el cual emitía un vivo resplandor que barría las tinieblas en un amplio radio de acción.

Moviéndose en sentido giratorio, los extraños fueron escrutando todos los rincones de aquel lugar. Kit se dio cuenta, con desesperación, de que antes de un minuto iban a ser descubiertos.

Serian vistos en cuanto los haces de luz iluminasen su frágil escondite. Las plantas les ofrecían una protección insuficiente y…

Sin dudarlo más, actuando casi de modo maquinal, pero sabiendo que luchaba por su propia vida y la de la muchacha,

levantó el revólver y disparó.

Seis detonaciones se oyeron muy rápidas, al mismo tiempo que otros tantos fogonazos hendían las tinieblas.

Alcanzados de lleno desde una distancia inferior a los diez metros, los dos extraños se desplomaron de modo fulminante.

En el acto sucedieron algunas cosas inesperadas. Flotaban aún en el ambiente los ecos de los estampidos y Kit temía las represalias de los demás ocupantes de la nave, cuando, bruscamente, sin transición alguna, la escotilla se cerró. El rectángulo de luz se esfumó y, en el acto, la nave comenzó a ascender con gran rapidez.

Kit entendió lo que iba a suceder dentro de unos momentos.

—¡Nos van a bombardear! —gritó, poniéndose en pie—. ¡Huyamos!

Corrió hacia donde había dejado su morral y se lo puso a la espalda en un par de rápidos gestos. Luego vio en el suelo una bolsa abandonada, sin duda perteneciente a la muchacha y la tomó.

Joyce ya le estaba aguardando. Tomó su mano y los dos echaron a correr.

Fue una carrera frenética, de pesadilla, que transcurrió entre las tinieblas de una oscuridad absoluta. Tropezando, cayendo, levantándose, los dos jóvenes huyeron barrancada abajo, tratando de alejarse lo más posible de aquel fatídico lugar.

Repentinamente, la tierra pareció eruptar.

Una columna de fuego subió a lo alto, hendiendo la oscuridad con su roja llamarada, en la que iban envueltas toneladas de rocas. El suelo tembló de modo espantoso bajo los pies de la pareja.

Alcanzados por el aire desplazado violentamente, Kit y Joyce fueron arrojados al suelo con terrible violencia. Hubieran sufrido gravísimos daños, a no ser por unas matas que amortiguaron notablemente su caída.

El estruendo pasó, alejándose multiplicado en tableteantes ecos de aquel lugar. Joyce trató de ponerse en pie, pero Kit se lo impidió.

—¡No se mueva —ordenó—; quédese quieta tal como está! ¡Relaje sus músculos y no haga el menor gesto!

Durante unos momentos, permanecieron en aquel lugar, tirados en el suelo, remedando las posturas de unas personas muertas violentamente, procurando no moverse, respirando con infinito

cuidado para no ser descubiertos.

Las aprensiones de Kit no dejaron de cumplirse. Un rayo de luz hendió las tinieblas y se paseó por aquel lugar, iluminando sus cuerpos yacentes. El foco se detuvo unos segundos encima de sus cuerpos y luego se apagó bruscamente.

Pese a todo, Kit no quiso moverse aún.

—Esperemos un poco más todavía —cuchicheó.

Estaba boca abajo, con un brazo bajo su cara. Permaneció en aquella postura un cuarto de hora largo, al cabo de cuyo lapso de tiempo se arriesgó a dar media vuelta.

Miró al cielo y lanzó un suspiro de alivio.

—Ya puede sentarse, Joyce; se han ido.

La muchacha dio media vuelta y se incorporó, respirando perceptiblemente.

—¡Dios mío! —exclamó—. Creí que nos mataban, Kit.

—Ha sido una suerte, en efecto —comentó él—. Y he adquirido unos conocimientos muy interesantes con lo que nos acaba de suceder.

Ella le miró extrañada.

¿A qué se refiere usted?

—No sé qué daría por un pitillo —murmuró Kit, como si no hubiera escuchado la pregunta de la muchacha. Luego dijo—: Sí, una observación muy interesante. Primero: esos seres no son los superhombres que creíamos. Caen igual que nosotros bajo el impacto de una bala de plomo bien dirigida. Segundo: están muy escasos de bombas nucleares, ya que la que nos han arrojado ha sido de combustión química, todo lo potente que se quiera, pero no atómica. Claro es que esto puedo suceder también porque, viendo que solamente éramos dos, no hayan querido consumir en nosotros una granada nuclear y pensaran que con una de las otras tenían bastante para liquidarnos.

—Entonces —murmuró Joyce—, por eso estamos vivos.

—Justamente. No habíamos podido alejamos tanto como para evadirnos al radio de acción del estallido de una granada nuclear. Nuestra carrera hubiera sido perfectamente inútil en este último caso.

Hubo un momento de silencio.

—Kit —dijo la muchacha, al cabo—, he pasado mucho miedo.

—Lo mismo me sucedió a mí —repuso él—. Estas cosas no son nunca agradables.

—Lo que no entiendo —dijo Joyce—, es por qué arrojan tantas bombas nucleares, Kit. A lo que parece, su objetivo es la destrucción de la raza humana. Pero, entonces, ¿para qué quieren un planeta muerto, deshabitado?

—Muy sencillo: para quedárselo ellos.

—Pero… esas explosiones, han tenido que dejar el planeta infectado de radioactividad.

Kit meneó lentamente la cabeza.

—No. Son bombas limpias, y las tienen que utilizar así, porque, de lo contrario, todos sus esfuerzos serían inútiles.

—¿Esfuerzos? No le entiendo, Kit —objetó la muchacha.

—Pues está bien claro. Quieren exterminarnos a todos para habitar ellos el planeta cuando ya no existamos ninguno de nosotros. ¿Lo comprende ahora?

Joyce asintió al mismo tiempo que lanzaba una exclamación de horror.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo es posible que puedan existir seres tan malvados, Kit?

—¿Quién sabe la clase de seres que pueblan los distintos planetas del Universo? Acaso el suyo se está haciendo inhabitable y necesitan hallar otro que pueda servirles a sus fines de supervivencia.

—¿Era preciso matarnos a todos para que ellos pudieran asentarse aquí? ¿No podían haber enviado emisarios con el fin de que las dos razas hubieran podido entenderse? Además, si la atmósfera nuestra les daña, podían haberse quedado en Marte, donde recién acabamos de asentarnos nosotros y hay espacio más que suficiente, además de que, quizá, la atmósfera marciana hubiera podido servirles.

—Todas esas preguntas son difíciles de contestar, Joyce —susurró el joven, meneando con pesimismo la cabeza—. Los únicos que podrían damos una explicación satisfactoria lo hacen a bombazo limpio cada vez que ven a uno de nosotros, de modo que, hasta ahora, lo único que podemos hacer es sumirnos en hipótesis que en manera alguna podemos confirmar.

—Entonces —dijo ella con desesperación—, no nos queda otro

recurso que arrastrarnos, aguardando el momento de ser descubiertos y aniquilados sin piedad.

—No. Podemos luchar con ellos… y vencerlos, si lo hacemos con energía y astucia al mismo tiempo.

Joyce exhaló una carcajada llena de amargura.

—¿Luchar? ¿Vencer? ¡Qué huecas y desprovistas de sentido me parecen esas palabras, Kit! ¿Cómo vamos a luchar contra unos seres que no se dejan ver, que no dan la menor opción a la sorpresa, cuyas armas son tan poderosas que prácticamente han extinguido toda señal de vida en nuestro planeta? Si yo pudiera, me rendiría ahora, con tal de salvar mi vida.

La mano del joven se disparó, oprimiendo con fuerza el brazo de ella.

—¡No diga tal cosa, Joyce! —exclamó enérgicamente—. Hay, debe de haber, un medio para combatir con ellos, y nosotros lo encontraremos y les derrotaremos. Ya ha visto —agregó—, que no son invencibles y que un simple revólver puede derribarlos con toda facilidad.

—Individualmente, es posible, Kit, pero ¿va a utilizar usted su revólver también contra una de sus naves?

—Evidentemente que no, Joyce. Sin embargo, recuerde que no siempre gana el más fuerte, sino el más astuto. El caballo de Troya es un ejemplo de lo que le digo.

—¿Acaso piensa introducirse en alguna nave?

—Me parece que he estado hablando demasiado —gruñó él, descontento.

—No lo entiendo —murmuró la muchacha.

—Por ahora no es necesario que me entienda. Lo único que precisamos es alejamos de aquí y cuanto antes mejor.

Ayudada por Kit, la muchacha se puso en pie.

—¿Teme usted que vuelvan? —inquirió.

—Con esos tipos, cualquier cosa es posible. Además… yo tengo que… bueno, aquí no estamos bien. Joyce, usted, me ha sido simpática, pero, por favor, no me haga preguntas indiscretas. Lo único que puedo decirle es que si quiere usted marcharse sola, ya que por el momento parece haber pasado el peligro, o, por si contrario, quiere usted venirse conmigo.

—¿Ahora?

—Ya le he dicho que no debe hacerme preguntas capciosas, que no tendrán, por ahora, ninguna respuesta. Lo único que debe hacer es confiar en mí. Ya ve —añadió— que no la he causado ningún mal y usted sabe de sobra lo que ocurre en estos tiempos. Otro cualquiera, la hubiera asesinado. La gallina que estaba asando era motivo más que suficiente para cometer una muerte.

—No me lo repita, por favor. Ésos… tipos me han estropeado la digestión —se lamentó la muchacha.

Kit se echó a reír.

—Ya llegará día en que pueda comer con tranquilidad, sin pensar en que de un momento a otro puede ser asaltada. Ahora, lo mejor será que reanudemos la marcha.

—Está bien —suspiró Joyce—. Veo que no me queda otro recurso que ponerme en sus manos. Así como así, la soledad es algo que siempre me ha desagradado.

Cargando con sus escasas pertenencias, echaron a andar.

Caminaron durante toda la noche, hasta que sintieron que la fatiga les iba invadiendo el cuerpo. Entonces vieron que una debilísima luz señalaba el comienzo de un nuevo día.

—Tendríamos que detenernos y buscar un resguardo, Kit —sugirió Joyce—. Según tengo entendido, los extraños patrullan el cielo y disponen de potentes telescopios.

—Sí, pero… ¡mire!

La mano del joven señaló hacia una negra masa que se alzaba a corta distancia de ellos, destacándose claramente contra el fondo grisáceo del cielo.

—¡Una casa! —murmuró ella—. ¿Habitada?

Antes de contestar, Kit recargó el revólver, haciendo girar luego el tambor, cuyo perfecto «*crick, crick*» le reconfortó notablemente.

—Eso —dijo— es lo que vamos a comprobar ahora mismo.

CAPÍTULO III



a casa había sido antaño una residencia campestre, destinada a pasar en ella las vacaciones y fines de semana. En el momento actual, parecía deshabitada, aunque de esto no se fiaba Kit, ya que conocía la afición de todo superviviente a ocultarse del mejor modo posible, sólo encendiendo luces o fuego en caso de muy extremada necesidad.

Se acercaron lentamente.

Había un indicio seguro de que hacía bastante tiempo que sus moradores la habían abandonado. Era la abundancia de plantas silvestres que habían crecido en lo que fuera el jardín de la finca, obturando todos los senderos y ahogando prácticamente los macizos de flores y plantas ornamentales.

Avanzaron hacia la casa a la media luz del alba creciente, en cuyo interior no parecía haber el menor signo de vida. En uno de los ángulos del jardín se advertía el opaco brillo del agua de la piscina, que se había corrompido al no ser renovada y cuyo olor,

desagradable en extremo, infectaba el ambiente. Puertas y marcos aparecían desgajados y arrancados de sus goznes y los cristales habían saltado, seguramente como consecuencia de las depredaciones de los merodeadores que se dedicaban a vivir exclusivamente del pillaje y del asesinato.

Estos síntomas hicieron que Kit redoblara su vigilancia. Con la muchacha pegada a su espalda, avanzó hasta llegar al pórtico, amplio y de líneas modernas. La luz crecía rápidamente.

Había hojas secas y papeles sucios desparramados por el suelo. Una cortina pendía de su barra, rasgada y con unas manchas obscuras en su parte inferior, cuya procedencia hizo estremecer al joven. Pero, resuelto a todo, se decidió a cruzar el umbral de la casa.

En el vestíbulo, de gran tamaño, se veía idéntica destrucción que en el exterior. Cascos de botellas rotas y cuadros rasgados, así como libros arrojados de cualquier manera y divanes descentrados, era todo lo que había en el «*hall*», además de una inmensa suciedad, que deprimió no poco el ánimo de la pareja.

De aquí arrancaba una escalinata que ascendía a la planta superior. La baranda aparecía rota a trechos y la alfombra que había en el centro de los peldaños aparecía rasgada y con profusión de manchas idénticas a las de la cortina de la entrada.

El piso superior ofrecía un aspecto similar a la planta baja. La casa había sido saqueada a conciencia y, con toda seguridad, más de una vez, por las sucesivas oleadas de malhechores que habían pasado por aquel lugar.

—¡Bueno! —exclamó Kit, cuando su exploración hubo concluido de modo harto infructuoso—. Está visto que aquí no podemos esperar nada práctico, excepto estar a cubierto.

—¿No habrán dejado nada de comida? —inquirió melancólicamente Joyce.

—¿Comida? —rió amargamente el joven—. No lo creo; en la actualidad, eso es lo que primero se busca. Como habrá podido observar, el campo está desierto de animales. Los que no murieron como consecuencia de las bombas… bien, han ido a parar a estómagos que no tenían ningún escrúpulo y sólo sentían desprecio por la propagación de las especies más o menos domésticas y alimenticias. Cuando uno no sabe si va a vivir al día siguiente, no es

sensato hacerle pensar en instalar un gallinero para que otro pueda comer huevos y pollo frito el año que viene.

Joyce asintió ante las irrefutables palabras de su compañero. Abandonaron el piso superior y descendieron nuevamente a la planta baja, dirigiéndose a la cocina, a la que hallaron en idénticas condiciones de destrozo que el resto de la mansión.

Era ya de día claro y la visión era perfecta. La luz entraba a raudales por las ventanas abiertas de par en par. En uno de los ángulos de la estancia se veía un gran frigorífico, abierto de par en par, pero completamente vacío.

Kit torció el gesto al apreciar el detalle. Pero, de pronto, un grito da la muchacha le hizo sobresaltarse.

—¡Mire, Kit! —exclamó ella.

El joven se volvió presurosamente, un tanto asustado por la exclamación de su compañera. Respiró al ver que no le sucedía nada.

Joyce se hallaba de pie, sobre un taburete que antaño fuera blanco y que ahora aparecía sucio y pringoso. La muchacha se había estirado sobre sus talones y había abierto uno de los armarios de la cocina, sosteniendo algo entre sus manos.

—¡Caramba!, es todo un hallazgo, Kit. Mermelada de frambuesa y melocotón en almíbar. Dos potes de libra cada uno. ¿Qué le parece?

—¿Estoy soñando? —rió él—. Debe de andar suelto por ahí algún genio protector. Tendremos que dejarle una porción como ofrenda propiciatoria, ¿no le parece?

—Se lo diré después de que haya probado la frambuesa —contestó ella—. Ahora déjeme que busque lo necesario para despachar el primer bote. Va a ser el mejor desayuno que hago en seis semanas al menos.

—Le gano en dos —contestó él.

Pocos segundos más tarde estaban sentados frente a frente, en la mesa de la cocina, con sendas cucharas y dos platos desportillados que habían podido rebañar de entre la ruina que había en aquel lugar.

Al terminar, Joyce lanzó un suspiro de satisfacción.

—Me comería el doble…, pero creo que haremos bien guardando el melocotón para más adelante. ¿Está de acuerdo

conmigo? ¡Kit! —Se impacientó la muchacha al ver que el joven no le contestaba—. Le estoy hablando. ¿Qué le ocurre?

Joyce se extrañó de ver a su compañero con la vista fija en un punto determinado. Siguió con su mirada la dirección de la del joven y frunció el ceño al no advertir nada de particular, salvo una extraña crispación en las facciones de Kit.

—¿Viene alguien hacia aquí? —inquirió, asustada.

—No, por el momento… aunque más adelante pudiera venir. Fíjese en el frigorífico.

—Ya lo veo, pero… ¡Oh, Dios mío! ¡Tiene la luz interior encendida!

—Exacto —murmuró Kit—. Ya sabe usted que esta clase de neveras tienen una lámpara que se enciende automáticamente cuando se abre la puerta, con el fin de poder divisar cómodamente todo lo que hay en su interior. Pero una luz encendida significa energía eléctrica… y ésta no se produce por arte de magia.

—¿Quiere… decir que hay alguien en la casa?

Antes de contestar, Kit alistó su revólver. Después dijo:

—Vamos a verlo ahora mismo. No he visto a la llegada postes conductores, lo cual significa que esta casa obtenía la fuerza necesaria para su alumbrado y climatización por medio de una dínamo conectada a un generador, es decir, que era autónoma en su producción de luz eléctrica. Y si ahora hay luz, es que el generador funciona y… bien, ¿es necesario que siga?

—No —contestó ella—; de sobra se comprende el resto, Kit.

—Entonces, vamos a ver lo que sucede. Todavía no hemos explorado el resto de la casa, y si aquí hay un generador, a la fuerza tiene que hallarse en el sótano, como es costumbre.

Salieron de la cocina al traspatio, buscando afanosamente una puerta que diera al lugar señalado. La hallaron al fin, pero estaba cerrada.

Kit ordenó:

—¡Apártese a un lado, Joyce!

Con el revólver firmemente empuñado se plantó delante de la puerta. Aguardó un segundo, contemplado con expectación por ella, y luego, tan bruscamente que llegó a sobresaltarla, pego un fuerte puntapié, violentando la entrada al sótano.

La puerta giró con fuerza, arrancada su cerradura por el golpe

del joven. Kit observó que la llave estaba echada y que había aceite en las bisagras, así como en la cerradura, lo que le confirmo en su primera impresión.

Descendieron media docena de peldaños, hasta hallarse situados en el centro del sótano. En uno de los costados se veían numerosos vidrios rotos, cuya forma indicaba el objeto para el que habían servido anteriormente. Eran los restos de una bodega, minúscula pero escogida, que había sido despachada sin ningún escrúpulo por los merodeadores.

En el lado opuesto se veía un motor de combustión química, que funcionaba en silencio, proporcionando la energía que una dínamo adosada al mismo transformaba en luz y fuerza motriz. Junto al generador se veía un gran depósito de combustible, cuya cabida cifró el joven superior a los mil litros.

Acercándose al contador del mismo, pudo ver que todavía quedaban en el tanque más de seiscientos litros de excelente combustible, lo que le dio bastante en que pensar.

—Estos tíos son unos derrochones —murmuró—. Se marchan tan tranquilos y dejan el motor en marcha, funcionando para mantener únicamente encendida una simple lámpara.

—Acaso los mataron —sugirió la muchacha—. Recuerde las manchas que había fuera.

Kit se sacudió la cabeza.

—He visto ya la suficiente sangre para saber que esas manchas llevan ya más de una semana. No es razonable su hipótesis, porque en ese espacio de tiempo el nivel del combustible habría bajado mucho más de lo que señala en este momento.

—¿Entonces?

—Tendremos que pensar que la ausencia de esos individuos no puede durar mucho y que, tarde o temprano, han de regresar a la casa. De lo contrario, no se concibe que se hayan dejado el motor en funcionamiento.

—Bueno, pero también puede ser que esté en marcha para algo más que para una simple bombilla, Kit. Los transmisores de radio no funcionan si no hay fuerza, recuérdelo.

—¡Es cierto! Sí, ésa puede ser una sugerencia digna de tenerse en cuenta. Pero no hemos hallado la menor traza de emisora de radio en nuestra exploración por la casa.

—¿Es necesario que esté instalada aquí?

Kit miró fijamente a la muchacha.

—¿Qué es lo que quiere usted decir? —Y de repente, sin esperar a la contestación de Joyce, se acercó al generador.

Permaneció en pie unos minutos, estudiándolo en silencio, hasta descubrir un cable de unos dos centímetros de grueso que salía de uno de sus lados, deslizándose por el suelo de concreto hasta trepar por la pared y salir del sótano, cuyo diámetro era ligeramente superior al del grueso del cable.

—Parece que vamos descubriendo cada, vez cosas más interesantes, Joyce. De vez en cuando —añadió con negligente indiferencia—, es conveniente tener al lado una mujer; sus presentimientos suelen ser acertados en alguna ocasión.

—Gracias —dijo ella, un tanto mortificada—. La próxima guerra interplanetaria avíseme para que vaya en su busca y le ayudaré a arreglar el mundo.

—Así lo haré —repuso él con acre acento, saliendo fuera del sótano.

Rodearon la casa, hasta hallar el punto por donde, envuelto en malezas, surgía el cable. Siguiéndolo poco a poco, salieron del terreno que delimitaba la finca, comprobando que el cable seguía una dirección ascendente.

A unos doscientos metros de la casa había una colina achatada de suaves pendientes, con numerosa vegetación, ideal para una emboscada. El cable seguía hasta perderse de vista, sin que pudiera verse su fin. A lo lejos se divisaba un panorama de ligeras ondulaciones, llenas de abundante vegetación, que servía estupendamente para esconder el cable a quienes no tuvieran previamente enterados de su existencia.

Regresaron lentamente a la mansión. Por el camino, Joyce preguntó:

—No entiendo los motivos de tener el generador en marcha y la supuesta emisora de radio a tanta distancia que no se puede percibir su emplazamiento con la vista.

—Pues es muy sencillo —replicó él—. Fíjese que el motor está enterrado en el sótano e, inmune, por tanto, a la detección radárica. Mas a pesar de todo, pudiera ocurrir que una de esas naves averiguara su existencia. ¿Qué ocurriría entonces? Sencillamente,

que lanzaría una bomba que destruiría totalmente la casa con todo cuanto contiene, ¿no es así?

»Malo es perder el generador, pero peor es perder el pellejo. Solución: para prevenirse de un posible desastre, el o los individuos que hayan echado a andar el motor, establecieron este enlace por cable, con el fin de no ser alcanzados por un impacto directo. De esta forma, tienen luz y energía, corriendo solamente un riesgo mínimo.

Joyce asintió.

—Una explicación muy lógica, Kit —repuso.

El joven continuó:

—Y ahora, o mucho me equivoco, o hemos de prepararnos para recibir muy pronto la visita de alguno de los individuos que cuidan de este generador.

—¡Cómo! —Se sobresaltó la muchacha.

—Sí. No creo que durante el día se arriesguen a tenerlo en funcionamiento. Por el día no hace falta luz, ¿verdad?

—Pero ¿y los mensajes?

—Suponiendo que tengan un transmisor de radio, ¿no les dará igual emitir por la noche? Así descansan durante el día y sus probabilidades de ser descubiertos se reducen en un buen porcentaje. Sentémonos a esperar tranquilamente; ya no han de tardar mucho en venir… y estoy ardiendo en deseos de tener una explicación con esos caballeritos. Quien ha sido capaz de montar este tinglado, ha de ser, a la fuerza, buena persona, y creo que acabaremos entendiéndonos.

Ella asintió. Pocos minutos más tarde llegaban a la casa, penetrando de nuevo en la cocina, desde donde podían vigilar tranquilamente, viendo sin ser vistos, la cima de la colina por donde pasaba el cable. Kit no quiso detener el motor, para no hacerse sospechoso, y después de una nueva revisión de su revólver, se acercó a una de las ventanas, colocándose en un costado de la misma.

Pasaron unos minutos. De pronto, oyó a Joyce murmurar algo, pero no pudo entender lo que decía la muchacha. No queriendo volver la vista, dijo:

—Hable más claro, Joyce; no se le comprende nada de lo que está diciendo.

—Es lógico; tengo yo la mano sobre su boca…

Al oír aquella voz que no procedía de la garganta de la muchacha, Kit se volvió con gesto rapidísimo.

Pero toda la velocidad de sus movimientos resultó en vano. Ante él había un hombre cubriéndole con un rifle militar, cuya boca le miraba fijamente.

—¡No se mueva, amiguito! —le increpó una áspera voz—. Tire ese revólver, ¡inmediatamente!

Por unos segundos, Kit estuvo contemplando al hombre que le ordenaba obrar de tal manera. Luego, sus ojos giraron un poco, contemplando los de la muchacha que, a su vez, le miraban muy abiertos, con expresión enorme de susto.

Joyce estaba sólidamente sostenida por un individuo que la sujetaba por el talle y le tapaba la boca a un tiempo, en tanto que el otro le apuntaba con el rifle, un viejo pero efectivo «Garand» automático.

—Tire el revólver.

Con gesto defraudado, Kit obedeció. El arma chocó sordamente contra el suelo.

—Ahora —volvieron a ordenarle—, échelo hacia acá. Con el pie y sin intentar hacemos ninguna jugarreta, ¿estamos?

El revólver se deslizó por el suelo. El hombre del rifle se agacho a recogerlo con una mano, enderezándose en el acto.

Entonces el otro soltó a la muchacha, propinándole un fuerte empujón, Joyce trastabilló al cruzar violentamente la cocina, cayendo en brazos del joven quien, instintivamente los había abierto para recogerla.

—Bien —sonrió el del rifle—, ésta sí que ha sido una sorpresa productiva. Una lata de dulce… un revólver con su munición correspondiente… y algunas otras cosillas que hemos encontrado en sus equipajes y que, positivamente, nos van a ser muy útiles, ¿no es verdad, Rim?

El interpelado, un tipo de infame catadura, estaba muy ocupado abriendo la lata de conservas. Soltó un gruñido como respuesta.

—Sí, todo muy productivo, pero lo mejor que puedes hacer es acabar cuanto antes, Krolsh. Estos tipos estorban.

—¿También la muchacha? —dijo el llamado Krolsh untuosamente, con un tono que puso hielo en la epidermis de

Joyce.

—También —gruñó Rim—. No quiero líos de faldas. Si en tiempo normal, acababa uno perdiendo la cabeza, ¿qué crees que podría sucedemos ahora? En cuanto pudiera te rebanaría el pescuezo y… ¡Vamos!, ¿a qué esperas?

Krolsh levantó el rifle, sonriendo perversamente.

—Lo siento, muchachos, pero ya sabéis lo que ocurre en estos tiempos. Si vosotros nos hubierais sorprendido, la cosa hubiera sido igual, sólo que a la inversa, ¿no es así? Pues entonces…

—¡Un momento! —exclamó Kit, tratando desesperadamente de ganar tiempo come fuera—. ¿Es que piensan asesinarnos?

—¡Hum! ¡Ésa es una palabra muy fea, jovencito!

—Nosotros no les hemos hecho nada. Por lo tanto…

Krolsh se encogió de hombros.

—¡Lástima! Mala suerte para vosotros, porque parecéis buenos chicos, pero no podemos arriesgarnos a dejaros con vida. Podríais luego tendernos una emboscada y…

Rim pegó una impaciente patada en el suelo.

—¡Siempre has sido un incorregible parlanchín, Krolsh, y eso va a ser un día tu perdición! Si tú no lo haces, lo haré yo. ¡Dame ese revólver y verás qué pronto los despacho!

Por estas palabras, Kit coligió que el otro estaba desarmado, pero tal pensamiento no le trajo ningún consuelo, porque sabía positivamente que no podría salvar de un salto la distancia que le separaba de su antagonista. Krolsh dispararía antes y…

—¡Un momento! —dijo éste—. Rim, ¿has oído?

—¿Qué diablos he de oír, pedazo de mula?

Krolsh frunció el ceño.

—Fuera de aquí hay alguien. Toma el revólver y vigila a éstos. Yo voy a ver qué sucede.

Rim atrapó al vuelo el arma que le lanzaba, en tanto que su compañero se dirigía hacia la puerta de la cocina. Cruzó el umbral y en aquel momento se oyó un tenue silbido, seguido del inconfundible sonido de un arma blanca al clavarse en la carne.

CAPÍTULO IV


uy lentamente giró Krolsh, enfrentándose con los que se hallaban en el interior de la cocina.

Joyce lanzó un agudo grito de espanto que no pudo reprimir. En el pecho de Krolsh se advertía clavado un cuchillo, del cual solamente sobresalía el mango.

Durante unos interminables segundos, el merodeador permaneció en tal posición, con la boca espantosamente abierta, como si quisiera gritar y no le saliera el aire necesario para emitir los sonidos. Luego, de modo repentino, las fuerzas le fallaron y cayó de bruces. Un rojo charco empezó a extenderse bajo su cuerpo.

Rim soltó una colérica exclamación. Cegado por la ira, saltó hacia adelante, revólver en mano, en tanto que de su boca salían espantosas imprecaciones, que no prometían nada bueno para el osado que había acuchillado a su compinche de modo tan certero.

Pero al pasar por delante de Kit tropezó con el pie del joven, que lo había extendido tan rápida como hábilmente. Arrastrado por su

propio impulso, el forajido cayó de bruces, proyectándose su cuerpo fuera de la cocina.

El revólver se le escapó de las manos al caer. Kit, rápido como el pensamiento, se arrojó sobre el rifle desprendido de las manos del muerto.

En aquel momento, Rim trataba de incorporarse, al mismo tiempo que su mano se acercaba peligrosamente al revólver caído a menos de un metro de distancia.

El joven no se entretuvo a volver el rifle, ya que lo había asido por el cañón en el momento de apoderarse del mismo. Lo blandió en el aire con todas sus fuerzas.

Rim lanzó un agudísimo grito de espanto al ver cómo le caía encima la culata del arma, pero su grito fue substituido en el acto por el siniestro chasquido de unos huesos al quebrarse. Abierta la frente como consecuencia de tan espantoso culatazo, el merodeador se desplomó inerte al suelo.

En el mismo momento, Kit retrocedió al interior de la cocina, tomando el rifle en posición normal y aprestándose a utilizarlo si era necesario. Unos segundos más tarde oía unos pasos cautelosos que se aproximaban a la puerta.

Un hombre cruzó el umbral de la cocina y se quedó mirando fijamente la boca del arma que estaba a menos de diez centímetros de su pecho. Observo rápidamente la situación y luego dirigió la vista hacia el joven.

Kit lo estudió también, dándose cuenta de que era un hombre de unos cuarenta y cinco años, fuerte aún, con el pelo entrecano y una expresión resuelta y enérgica en su rostro, subrayada por la tranquilidad de sus azules pupilas y la saliente mandíbula.

El recién llegado sonrió.

—¡Vaya! —exclamó, al cabo—. Parece ser que mi aparición no ha podido ser más oportuna. Me llamo Stan Dowalsky. ¿Cómo están?

—Bien, gracias —dijo Kit, aún con desconfianza. Dio su nombre y el de Joyce, y Dowalsky saludó cortésmente.

—Será mejor que saquemos esta carroña fuera —dijo—. Después tenemos que hablar… ¿Kit Dugan? Su nombre no me es desconocido, amigo.

—En cambio, yo es la primera vez que oigo el suyo, Dowalsky.

Éste sonrió enigmáticamente en tanto que, ayudado por Kit, transportaba uno de los cadáveres. Arrojaron los dos cuerpos a las putrefactas aguas de la piscina, cuyo fétido olor se acentuó al removerse.

Volvieron a la casa. Dowalsky llevaba una bolsa de costado, cuya correa le ceñía el pecho. Acercándose a la mesa, sacó de la misma un par de latas de conserva.

—Creo que esto les irá bien y hablará en mi favor mucho mejor que lo que yo pudiera hacerlo.

—Es usted un hombre extraño, Dowalsky —dijo Kit, en tanto empezaba a abrir una de las latas—. ¿Cómo acertó a acuchillar a ese forajido?

—Le diré, amigo. Tengo a mi cargo el cuidado y conservación de ese generador que ustedes han visto funcionando. Todas las noches vengo a ponerlo en marcha y todas las madrugadas regreso a desconectarlo. Ustedes actuaron muy imprudentemente; se les veía maravillosamente y no sé cómo todavía están vivos.

—No entiendo… —murmuró el joven, pero Dowalsky, sin hacerle caso, prosiguió:

—Les estuve observando atentamente. Pronto pude darme cuenta de que ustedes no pertenecen a esa clase de salteadores que infestan ahora la superficie de nuestro planeta y que van de un lado para otro, destruyendo solamente por el mero placer de hacerlo. Ustedes no tocaron nada; posiblemente, esa pareja, de haberles dado tiempo, se hubieran divertido viendo estallar el tanque de combustible. Entonces es cuando yo me dije que merecía la pena echarles una mano y… Bueno, cuando vi asomar a ese canalla por la puerta, le lancé el cuchillo. Tengo también una pistola, pero en estos tiempos es conveniente ahorrar las municiones en todo lo posible.

A pesar de que Kit y Joyce aún tenían en sus retinas las imágenes de los salteadores muertos, pronto el hambre se impuso a toda otra consideración y despacharon, en unión de Dowalsky, el contenido de las latas que éste había traído. Mientras tanto, la curiosidad devoraba por dentro al joven, pero sabía que aquellos tiempos que corrían no eran muy propicios para hacer preguntas, por lo que se abstuvo prudentemente de hacerlas.

Al terminar, Dowalsky que era una fuente ininterrumpida de

sorpresas, sacó un paquete de cigarrillos y fósforos.

—Éste es un don del cielo —exclamó Kit, al encender el suyo—. Hace más de dos meses que no fumaba.

—Todavía me quedan algunos paquetes —dijo Dowalsky.

—Seguramente, en el mismo lugar en donde usted tiene su emisora de radio, al final del cable.

—¿Cómo lo averiguó? —preguntó Dowalsky, mirando al joven de hito en hito.

—Simplemente, me limité a presumirlo. En estos tiempos, no es muy frecuente usar energía eléctrica y sólo para tener luz…, la verdad, me parece demasiado generador. ¿No lo cree así?

El enigmático individuo sonrió levemente.

—Posee usted un espíritu sumamente deductivo, Dugan… ¿Dónde diablos he oído yo antes de ahora su nombre?

—Desde luego, no en las notas de sociedad —sonrió el joven.

—No, por supuesto, pero… En fin, ya lo recordaré un momento u otro. ¿Qué les parece si nos largamos de aquí?

Kit se puso en pie.

—¿Vamos a… al final del cable? —inquirió.

—¿Dónde, si no? —rió Dowalsky—. Vamos hacia allí y los aseguro que se van a llevar una buena sorpresa cuando vean las cosas que hay en aquel lugar.

Salieren fuera, después de recoger las armas.

—¿No les han atacado los extraños? —preguntó Kit.

—¿Se refiere usted a los invasores? Oh, no, hasta el momento, aunque con estos tipos no puede asegurarse uno de que no le vayan a echar mano al cogote en el momento preciso.

—¿Cree usted también que pertenecen a una raza extraterrestre?

—¿Cuál es su opinión, Dugan?

El joven se rascó la cabeza.

—Desde luego, en plan físico e individual no son precisamente unos superhombres. Anoche mismo yo ataqué a dos de ellos y los derribé a tiros. Cayeron tan bien como si hubieran nacido en este planeta.

—¿Cómo? ¿Usted hizo eso? ¡Y lo tenía callado! ¿Por qué no lo dijo antes, hombre de Dios? ¿Dónde ocurrió el suceso?

Kit y Joyce se extrañaron del súbito interés que Dowalsky ponía en sus preguntas, lanzadas todas ellas a gran velocidad y sin

detenerse a tomar aliento. Al joven se le hizo un tanto sospechoso aquel interés por el incidente, pero supo disimular y contestar de modo natural a aquella atropellada requisitoria.

—Fue… a unas diez millas al suroeste de la casa. Descendieron de su nave. No me gusta matar a nadie a sangre fría, pero ellos, posiblemente, lo hubieran hecho con nosotros, pues era inevitable que nos descubrieran.

La excitación de Dowalsky iba en aumento.

—¡Siga, siga, Dugan; no se detenga!

—Pues, ya no hay mucho más que contar. La nave se elevó de inmediato y nosotros salimos corriendo, porque estábamos seguros de que iban a tirar una bomba en aquel lugar, como así sucedió. La onda explosiva nos derribó por tierra, pero, salvo la caída, nada más nos sucedió, afortunadamente.

—¿Vieron a los tipos?

—¿Cómo iba a dispararles, si no?

—Oh… no es eso lo que yo quería decir. Me refiero a si les advirtieron algún detalle en particular, alguna cosa no común entre nosotros.

—Desde luego, me extrañó que vistieran escafandras, como los astronautas; Luego llevaban en las manos una especie de fusiles, de forma muy rara, pero, por lo demás, parecían moverse normalmente sobre el terreno.

—¿Tardaron en morir?

—Supongo que debió ser una cosa instantánea o poco menos. Tenga en cuenta que agoté la carga del revólver.

—¿Y luego no les examinó?

—¡Diablos, no! Había que salir corriendo de allí cuanto antes y eso fue lo que hicimos Joyce y yo.

Dowalsky hizo un gesto de enojo.

—¡Qué lástima! —Y luego se detuvo—. Debiéramos regresar y examinar sus cuerpos. Esto podría proporcionarnos seguramente una serie de indicios muy valiosos.

—No lo dudo, pero después de una bomba como la que lanzaron, no creo que haya quedado de sus cuerpos nada mayor que una uña de mis dedos.

—¡Es verdad! —exclamó Dowalsky—. Había olvidado lo de la bomba. Claro que han tenido que ser pulverizados sus cuerpos, pero

no por ello deja de ser una lástima.

De pronto, Kit se detuvo, mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Qué le pasa? —preguntó Dowalsky.

—Usted dijo que había venido a desconectar el generador —dijo el joven.

—Y así es…

—Pero no lo ha hecho.

Dowalsky se encogió de hombros.

—Las condiciones han cambiado —repuso—, y he juzgado conveniente dejarlo en funcionamiento.

Kit no insistió más, aun cuando encontró un tanto extraño el comportamiento de Dowalsky. Después, la conversación derivó a otros temas menos trascendentes, aunque todos ellos, más o menos relacionados con lo que obsesionaba a todos: la supuesta invasión del planeta por aquellos seres desconocidos, cuya cara no había logrado nadie ver aún.

—Lo que yo encuentro muy raro —comentó el joven—, es que no se hayan decidido a desembarcar. Han pasado más de dos meses desde el lanzamiento de la primera bomba, y aún no se tiene noticia de que se hayan establecido en ninguna región del planeta.

Dowalsky optó por encogerse de hombros.

—No sé qué sería peor —dijo—. De todas formas, un día u otro han de hacerlo; no puedo creer que hayan destruido la vida de miles de millones de personas sólo por placer. Y si no van a vivir sobre la superficie de la Tierra, ¿qué diablos pretenden, entonces?

Continuaron su camino. Descendieron la colina, siempre siguiendo el camino marcado por el cable, cuya dirección continuaba siendo la misma, con notable rectitud a pesar de las alteraciones del terreno.

Tres horas más tarde y cuando ya la pareja empezaba a sentir fatiga, una pequeña corriente de agua se presentó ante ellos.

El lugar era muy frondoso, casi completamente cubierto de árboles de abundante ramaje, que constituía un auténtico túnel de verdor sobre el arroyo. Kit apreció que el cable trepaba por el ramaje, escondiéndose entre éste y pasando al otro lado del arroyo.

Atravesaron la corriente de agua a pie desnudo.

Afortunadamente, se hallaban aún en las postrimerías del verano, de modo que el mojarse no fue un excesivo sacrificio.

Siguiendo siempre a Dowalsky, remontaron la orilla cubierta de césped, deteniéndose ante la entrada de una gruta, de muy pequeño diámetro, tanto que para franquearla tuvieron que agacharse.

—Tengan cuidado con la cabeza —les recomendó el extraño personaje.

Caminaron durante unos pocos segundos de la misma manera, advirtiendo que, a medida que progresaban, la oscuridad se iba haciendo más intensa. De pronto, Kit observó que Dowalsky se ponía en pie.

—Bueno —comentó éste—; ya hemos llegado.

—Yo no veo nada —dijo Kit.

—Aguarde un momento.

Y el joven pudo percatarse, a pesar de que apenas veía, de que Dowalsky estaba manipulando en algo que parecía ser un muro de roca.

Súbitamente, un cuadrado de luz amarilla apareció ante ellos, al deslizarse lateralmente un trozo del muro. Kit no pudo reprimir una exclamación de asombro.

—¡Bueno! ¡Esto es el colmo del refinamiento!

Sonriendo satisfecho, Dowalsky se echó a un lado, al mismo tiempo que extendía la mano.

—El ascensor está servido —dijo.

Pasaron les tres al interior del aparato. Dowalsky manejó los mandos y al momento el suelo empezó a hundirse con moderada velocidad.

—Ahora entiendo —dijo el joven—, por qué dejó usted en marcha el generador. Pero lo que no acabo de comprender es cómo se las arregla para subir y bajar cuando no hay fuerza motriz.

Dowalsky pateó el suelo en determinado punto.

—Hay aquí una trampa que se abre para permitir el paso. Una de las paredes del ascensor, que no ajusta a ellas exactamente, tiene adosados unos peldaños de hierro.

—Entonces todo se comprende… menos la existencia del aparato.

—Una vez que se lo diga lo encontrará todo la mar de sencillo, Dugan. Recuerde que antiguamente había quien se construía su particular refugio antiatómico. El lugar al que nos dirigimos es uno de ellos.

Kit preguntó:

—¿Y la casa?

—Estaba al otro lado de la colina que domina el arroyo. Fue destruida por los coletazos de un impacto, cuyo centro de explosión se encontraba a unos cuantos kilómetros, pero debía de ser muy potente la bomba, porque de la casa no quedó ni rastro. Sin embargo, es forzoso hacer aquí un elogio del constructor del refugio, ya que esta salida quedó completamente intacta. Ustedes ya saben —añadió Dowalsky—, que era preceptivo construir dos bocas de acceso. El espesor de la colina amortiguó por completo los efectos de la explosión.

En aquel momento se detuvo el ascensor. Dowalsky pulsó el botón de apertura y la puerta se deslizó a un lado.

Joyce no pudo contener una exclamación de asombro y alegría al ver el interior del refugio. La salida del ascensor era una especie de vestíbulo, muy bien iluminado, sobriamente decorado en colores claros y agradables a la vista y con pocos pero escogidos muebles, a pesar de que su estilo resultaba ya un tanto anticuado por el paso del tiempo que había transcurrido desde que se colocaran allí, unos veinte o veinticinco años antes.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es posible que todavía existan cosas así?

Dowalsky soltó una alegre carcajada.

—Ya lo creo, mi estimada señorita Fulbright. Y lo que es más; creo que, a poco que me esfuerce, podré hallarle ropas más en consonancia con su condición de mujer y que, además, suplirán con ventaja a las que lleva ahora puestas.

Ella se sonrojó, sin poderlo evitar. Dowalsky les hizo ademán de que le siguieran y, atravesando el vestíbulo, se hallaron en un corredor en el que se veían media docena de puertas repartidas a ambos lados del mismo.

De pronto, se abrió una de las puertas y un hombre salió por ella pausadamente, con un manojo de papeles en la mano.

Joyce lanzó un grito de susto, que hizo levantar la cabeza al individuo, arrancándole de la lectura de aquellos papeles. Por su parte, Kit se aprestó a la defensa, pero Dowalsky les tranquilizó bien pronto.

—No teman, se lo ruego. El profesor Moore es amigo. Profesor,

tengo el gusto de presentarle a la señorita Fulbright y al señor Dugan.

—Me alegro de conocerles —dijo el aludido, con amplia sonrisa—. Siempre es un placer ver caras nuevas, especialmente —añadió con picardía—, si son de chicas jóvenes y bonitas.

—Apuesto a que no ha visto usted una en dos meses al menos, profesor —rió Dowalsky.

—¡Uf! No me lo recuerde. No soy ya lo que se dice joven, pero tampoco estoy en edad de ser arrojado al cubo de la basura. Bueno, celebro que haya llegado tan oportunamente, Dowalsky. Tengo noticias interesantes que comunicarle.

—Bien, ya me lo dirá usted dentro de unos minutos, cuando baya acomodado a nuestros huéspedes.

—Lo siento, pero son de verdadera urgencia. No puedo diferir por un solo instante el comunicárselas.

—Bien, suéltelas. A fin de cuentas, la señorita Fulbright y el señor Dugan son de confianza. ¿De qué se trata?

—En la costa este de los Estados Unidos hay una embarcación. Está a medio alistar y debe ser llevada a «Punto Cerebro» cuanto antes.

—Tendremos que hacerlo a remo —dijo Dowalsky, disgustado.

—No lo creo posible —retrucó el profesor—. Sobre todo, cuando se trata de un sumergible atómico.

—¡Un sumergible atómico! —exclamó Dowalsky—. Ahora lo recuerdo —y de pronto se volvió hacia el joven, repitiendo—: Ahora le recuerdo a usted. Bueno, yo no le conocía personalmente, pero aquí tenemos una lista de personas recuperables, entre las que figura usted, que pueden sernos útiles para la misión que nos hemos trazado a nosotros mismos y que no es otra que reconquistar el planeta, desalojando del mismo a los invasores.

Joyce abrió mucho los ojos, mirando a Dowalsky, pues presentía importantes revelaciones.

—Usted es el capitán Dugan, de la Armada de los Estados Unidos y, según nuestros informes, un «as» en su especialidad.

CAPÍTULO V



l cabo de una hora, Kit y Joyce, habiéndose cambiado los dos de ropa, limpios y aseados, se hallaban ante una mesa, consumiendo una sólida comida que les había preparado el sorprendente Dowalsky.

Con ropas nuevas, la muchacha parecía muy otra y su suave belleza ponía una nota agradable en la estancia. Se había recogido el negro[1] cabello por medio de una cinta en la nuca, dejando completamente libre el delicado óvalo de su cara, más hermosa aún puesto que carecía del menor maquillaje que en su caso era perfectamente innecesario para subrayar la pureza de sus rasgos.

Mientras que comían, la conversación no tomó ningún cariz trascendente, pero cuando Dowalsky trajo las primeras tazas de café, así como un paquete de cigarrillos, el joven creyó oportuno plantear la cuestión.

—Bien, Dowalsky —dijo—. Ahora me gustaría saber algunas cosas más de este endiablado asunto. ¿De qué se trata? ¿Dónde está

«Punto Cerebro»? ¿Qué quiere decir esta frase? ¿Quiénes son los que están allí?

Dowalsky se retrepó en su asiento, contemplando pensativamente la brasa de su pitillo. Moore estaba en un lado de la mesa en actitud reflexiva.

—«Punto Cerebro» es el lugar donde, por ahora, están concentrándose los esfuerzos de todos cuantos aspiramos a luchar por la reconquista de nuestro planeta. No sabemos de dónde han venido esos seres que en tan poco tiempo desencadenaron tan espantosa catástrofe, pero sí sabemos que hay una firme decisión de luchar con ellos y expulsarlos, al precio que sea, haciéndoles pagar además, el genocidio que cometieron al borrar de la faz a miles de millones de personas en la primera fase de la batalla, el bombardeo nuclear de tres días que convirtió en un infierno la superficie del globo, como usted recordará, capitán Dugan.

»Ha pasado poco tiempo desde entonces, un par de meses apenas, pero este plazo ha sido suficiente para que un grupo de esforzadas personas hayan acometido tan gigantesca tarea. Naturalmente, ellos solos no podían hacerlo; hubiera sido una empresa superior a sus fuerzas. Y para conseguir ese objetivo tienen desperdigados por varios puntos del globo, agentes que, siguiendo sus instrucciones, van recuperando a las personas que, razonablemente, se presume están vivas y que pueden ser útiles en la tarea de recobrar lo perdido. En “Punto Cerebro”, un lugar que las bombas no pueden alcanzar, había unos archivos que afortunadamente se han conservado y que han servido de base para la iniciación de ésta nuestra primera fase de contraataque.

—Y usted, a lo que se ve, tenía mi nombre en sus listas —dijo Kit.

Dowalsky asintió, expulsando perezosamente el humo.

—Sí. Yo soy uno de esos agentes que andan por allí recogiendo a la gente dispersa. Naturalmente, no lo puedo hacer solo. Tengo otros, digamos subagentes que vagan por esos mundos de Dios, ayudándome en mi tarea. El sector que se me ha encomendado tiene su centro aquí y en este lugar es donde centralizo los informes que recibo. Después los paso a «Punto Cerebro» y ellos, una vez recibido mi mensaje, acusan recibo y me dan nuevas instrucciones, si procede.

—Bien, y ¿dónde está ese famoso «Punto Cerebro», si puede saberse?

—Puede saberse. Está en el centro del túnel de Panamá.

Joyce respingó al oír estas palabras.

—El canal, querrá decir, Dowalsky.

El aludido movió la cabeza.

—Dije el túnel, mi querida señorita.

—¿Un túnel? Pero… eso es imposible. Yo no he oído hablar de semejante cosa en los días de mi vida. ¿Y usted, Kit?

El joven asintió con el gesto.

—Sí, aunque, hasta ahora, no pueda decir que lo haya visto personalmente. Según mis informes, el túnel bajo el istmo de Panamá es una realidad y se encuentra a relativa poca distancia del canal. Fue construido de una forma supersecreta hace varios años, con el fin de tener siempre una vía de acceso al Pacífico y viceversa que pudiese estar siempre practicable a pesar de cualquier circunstancia desfavorable. Y ahora supongo que el Canal estará completamente destruido o, por lo menos, alguna de sus esclusas, lo cual es más que suficiente para hacerlo completamente intransitable.

—Así es en efecto, capitán Dugan —dijo Dowalsky.

—Debe de ser una obra gigantesca, Kit —comentó la muchacha, llena de admiración.

—Ya lo era el canal, con que no quiero decirle nada del túnel —contestó el joven—. Ahora me explico claramente que «Punto Cerebro» se haya instalado allí. Si los invasores ignoran su existencia, es una baza muy importante a nuestro favor y, aun cuando la conozcan, debe de ser dificilísimo, cuando no imposible, destruir la obra, sobre todo si consideramos que en algunos puntos tiene más de quinientos metros de tierra y roca por encima de la excavación.

—¿Y por dónde se penetra en ese túnel? —preguntó ella.

—Naturalmente —contestó Dowalsky—, por una esclusa submarina, la cual se encuentra a unos ciento cincuenta metros bajo el nivel de las aguas. Debió de constituir un arriesgado problema de ingeniería el construir dicho túnel aunque muchas de las dificultades se zanjaron al practicar varios pozos verticales de gran tamaño, cuyas bocas afloran a la superficie de la tierra.

—Pero no acabo de comprender la utilidad del túnel. Dejando a un lado lo que pueda servir en el aspecto militar, hay que tener en cuenta que el antiguo canal daba mucho más rendimiento en el aspecto comercial.

—Usted no ignora, mi querida señorita, que en los últimos tiempos y ante el continuo temor a la guerra, se habían construido numerosos submarinos de gran tonelaje, evidentemente poco maniobreros, pero capaces, sin embargo, de descender a grandes profundidades y contener en su interior un gran volumen de carga. Como también recordará que dichos submarinos viajaban bajo el casquete polar, abreviando así su ruta y ganando una cantidad de tiempo realmente compensadora de muchos otros inconvenientes que el sistema pudiera tener.

—Usted habló antes de que se dispone de un submarino atómico para ir a «Punto Cerebro», Dowalsky —dijo la muchacha—, pero ¿dónde está la tripulación? Veo a su comandante, les veo a usted y a Moore, pero tres personas, cuatro, aunque me incluya a mí como simple cocinera, somos muy poca tripulación para manejar la nave.

Dowalsky se echó a reír y miró a Kit.

—Capitán Dugan, le dejo a usted la labor de contestar a la señorita.

El joven encendió un segundo cigarrillo. Después dijo:

—Los submarinos modernos difieren bastante de los del tipo convencional que usted conoce a través de relatos escritos y gráficos. Es natural que se necesite una tripulación, pero en caso de emergencia, también una sola persona puede manejarlo, pues está construido de tal manera, que en una sola cámara, la de derrota, están centralizados todos los instrumentos que sirven a la navegación. Incluso las armas de a bordo, me refiero a los cohetes y torpedos de que dispone la nave, se pueden disparar desde el cuarto de control e incluso vigilar su trayectoria y rectificarla en caso necesario. Sin embargo —añadió el joven, volviéndose hacia Dowalsky—, lo que no acabo de explicarme es la existencia de dicho submarino. Si está en la costa como usted dice, lo raro es que no haya sido descubierto por los invasores y destruido subsiguientemente.

—Tiene establecida permanentemente una red antirradar que le hace inmune a la detención enemiga, aparte de que está muy bien

enmascarado y, por lo tanto, tampoco puede ser advertido por métodos visuales.

—¿Se encuentra muy lejos de aquí?

—A una semana de marcha a pie. Tendremos que caminar con los ojos bien abiertos, capitán. —Respondió Dowalsky—. No sólo habremos de evitar ser descubiertos por los extraños, sino también por los merodeadores que abundan por esta parte del país.

—¿Cuándo emprendemos la marcha?

Dowalsky se echó a reír.

—¡Qué impaciente le veo, capitán! Por mi parte no tendría el menor inconveniente en hacerlo ahora mismo, pero estimo que usted y la señorita deben tomarse un descanso de al menos veinticuatro horas. Mañana al anochecer saldremos de aquí, ¿les parece bien?

Los dos jóvenes asintieron. Entonces, Dowalsky y Moore se pusieron en pie.

—Deberán dispensarnos —dijo el primero—. Tenemos algo que hacer. Luego les enseñaremos sus respectivos dormitorios. Mientras tanto, considérense como en su casa.

Apenas se quedaron solos, Joyce preguntó:

—Kit, ¿qué opina usted de todo esto?

Los ojos del joven brillaban de un modo extraño.

—Ya tenía ganas de hacer algo más que vagabundear de un lado para otro —respondió—. Estaba ardiendo en deseos de enfrentarme con esos malditos que casi extinguieron la vida en nuestro planeta y este inesperado encuentro con Dowalsky me va a poner en trance de realizar mis sueños.

—La empresa es dura. Y muy arriesgada, Kit.

—Lo sé, Joyce. Pero recuerde usted a todos los que murieron a causa de la vesania de esos salvajes. ¿No cree llegada la hora de vengarlos?

Ella asintió pensativamente.

—Sí, pero ¡somos tan pocos… y tan débiles!

—No tanto —contestó el joven—. Pocos, pudiera ser, pero débiles… El hecho de que no hayan conseguido inutilizar todavía el túnel de Panamá nos concede una ventaja muy considerable. Éste será, el punto de partida para nuestra, contraofensiva y el sitio donde se originará la ruina para esos canallas.

—Ellos son muchos y muy bien organizados.

—Nosotros luchamos por nuestra patria, que hoy es la Tierra, Joyce, no lo olvide. Y hasta ahora, que yo tenga entendido, todos los movimientos de esta índole, a la corta o a la larga, acaban por triunfar. Lo nuestro no será, ninguna excepción a la regla, ya lo verá usted.

—¡Dios le oiga! —exclamó ella, fervorosamente y, después de un breve silencio, preguntó—: Kit, le voy a hacer una pregunta. Respóndame con toda sinceridad, se lo ruego.

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

—De algo que siempre me bulle en la cabeza. Sinceramente, ¿cree usted que esos misteriosos seres son nacidos en otro mundo?

—Las apariencias así parecen indicarlo, Joyce: Por otra parte, resultaría increíble que hubiese existido un grupito de personas que, por satisfacer su ambición personal, hubiesen cometido tal crimen de lesa humanidad. ¿Qué beneficios, qué ventajas podría reportarles el hacerse dueños de un planeta prácticamente destruido?

—A lo mejor ellos quieren reedificarlo de nuevo y a su gusto. O mejor dicho, de acuerdo con su constitución física y psíquica.

Kit sacudió la cabeza.

—No lo acabo de entender. La cosa tendría cierta lógica si pudiesen vivir sobre la superficie del mismo modo que lo hacemos nosotros. Pero ellos tienen que usar escafandra; usted y yo lo vimos claramente hace dos noches.

Ella asintió.

—Es cierto, Kit. No acabo de comprenderlo. Lanzar un ataque como el que desencadenaron no puede hacerse alegremente, al buen tuntún, sin saber previamente las condiciones del objetivo que se va a batir. ¿Para qué destruir la vida en un planeta cuya atmósfera no les va a permitir vivir a ellos? ¿No hubiera sido lo más lógico hacer antes investigaciones que les hubieran dado cuenta exacta de las cualidades físicas de la Tierra? Entonces, al ver que no podían vivir en nuestra atmósfera, sin la protección de sus escafandras, lo más lógico hubiera sido que hubieran dado media vuelta largándose y dejándonos en paz. Pero nada de eso ha ocurrido y, por el contrario, sus naves siguen recorriendo el cielo y descargando sus bombas cada vez que tienen la menor sospecha de hallar algo con vida.

—Sus palabras son muy acertadas, Joyce —concordó el joven—.

Desgraciadamente, aún no estamos en condiciones de darles la respuesta adecuada. Si hubiésemos podido echar mano a uno de esos individuos, quizá ahora nuestros conocimientos habrían experimentado un progreso indiscutible.

Durante un buen rato, los dos jóvenes continuaron charlando. El tiempo pasó lentamente y a la noche, después de la cena, Kit se acostó en el dormitorio que le había señalado Dowalsky, durmiéndose de inmediato. Estaba muy cargado de sueño y por ello la noche se le pasó sin sentirlo.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, se tropezó en la mesa con un nuevo individuo, a quien Dowalsky le presentó como el doctor Pauwels. El aspecto del recién llegado era de fatiga y de haber pasado numerosas calamidades antes de poder considerarse relativamente a salvo.

—El doctor irá con nosotros a «Punto Cerebro» —dijo Dowalsky —. Un hombre de su categoría siempre es bien recibido en las actuales circunstancias.

—No sé dónde me van a llevar ustedes —gruñó Pauwels, cuyo aspecto atrabiliario y resentido desagradó profundamente al joven —, pero sea donde sea, en cualquier lugar donde no pueda ver a uno de esos malditos asesinos, siempre estaré bien.

—Dentro de una semana habrán cesado sus padecimientos, doctor —rió Dowalsky—. El capitán Dugan se encargará de ello.

En aquel momento, Moore, hasta entonces ausente, irrumpió bruscamente en la estancia.

—¡Venga, pronto! —exclamó, dirigiéndose a Dowalsky—. He detectado una nave enemiga que está volando sobre nosotros.

Joyce palideció, al mismo tiempo que Kit sentía que sus pulsaciones se aceleraban. Sin poder contenerse, se levantó de su silla y echó a correr detrás de los dos individuos.

Salió del comedor y penetró en una amplia habitación, en la cual se veían unos cuantos aparatos, entre los cuales el joven pudo identificar una emisora de radio, como asimismo un receptor de televisión, con una pantalla de casi un metro de lado.

En aquel momento, el televisor estaba conectado con el exterior, pues se veía claramente el cielo, salpicado a veces por blancos vellones de nubes. Dowalsky corrió hacia él y se sentó frente a la pantalla.

Al advertir la presencia del joven dijo:

—Captamos las imágenes por una antena periscópica que tenemos asomada al exterior. Confiemos en que no nos la localicen.

—¿Qué pasaría si así sucediera?

Dowalsky se encogió de hombros, en tanto manipulaba en los mandos del televisor.

—Oh, pues lo de costumbre. Soltarían su bombita y luego se irían, dejándonos bastante fastidiados, aunque espero que sanos y salvos. Este refugio se encuentra muy hondo y, afortunadamente, construido de una manera muy sólida, por lo que no son de temer daños que nos afecten de un modo demasiado directo.

Pasaron un par de minutos. Súbitamente, un punto brillante apareció en uno de los lados de la pantalla, inmóvil en apariencia, pero, en realidad, deslizándose lentamente en el cielo.

De repente, una chispa destelló en uno de los costados de la nave. Dowalsky frunció el ceño.

—Me parece que está soltando una andanada —dijo.

Efectivamente, unos segundos más tarde, un leve temblor estremecía el lugar.

Joyce se estremeció, porque sabía que el estallido de la bomba debía de haber alcanzado a algunos infelices que habrían tenido la desgracia de ser advertidos por los tripulantes de la nave. Pero Kit, que estaba a su lado, advirtió de pronto un súbito giro en la dirección del aparato.

—¿Qué es lo que está haciendo ahora? Dowalsky, ¿no tiene su televisor mando telescópico?

—Oh, sí, por supuesto.

—Utilícelo entonces. Deseo ver qué aspecto tiene ese cacharro. No quiero tener que enfrentarme un día con uno de ellos desconociendo al menos sus características externas.

Dowalsky asintió. De pronto, la imagen del artefacto comenzó a agrandarse, dando la sensación de que se acercaba a ellos a gran velocidad.

Pero a Kit no podía engañarle aquella ilusión óptica. Había hecho muchas observaciones del mismo tipo y sabía que la nave permanecía casi inmóvil en el aire.

La estudió a placer. Era un aparato de tipo discoidal, en el cual no se advertía nada extraño, a no ser una especie de protuberancia

situada, cosa rara, en la parte inferior, en lugar de arriba, como era costumbre hasta entonces señalar a todos los artefactos conocidos bajo el genérico nombre de platillos voladores. Kit se explicó, sin embargo, aquella aparente anomalía, diciéndose que era lógico que así fuera, puesto que la principal misión de la nave era observar lo que sucedía en la superficie de la Tierra, ya que en el aire no parecían tener enemigos.

No se advertían tampoco chispazos que indicasen la existencia de unos chorros propulsores. El joven trató de buscar alguna explicación al hecho de que la nave pudiera sostenerse casi inmóvil sin utilizar ninguno de los medios conocidos hasta entonces y hubo de llegar a la conclusión de que los seres que la tripulaban habían podido encontrar el medio de dominar la fuerza de gravedad a su antojo.

Repentinamente, la nave se disparó hacia uno de los costados de la pantalla. Fue tan rápido e imprevisto el movimiento, que Dowalsky estuvo a punto de perderla de vista, pero merced a su habilidad pronto pudo encuadrarla nuevamente en el centro del rectángulo de vidrio deslustrado. Sin embargo, ahora se movía con rapidez en el cielo, cosa que podía advertirse viendo a las nubes que parecían correr en sentido opuesto.

Bruscamente, de la misma manera que había arrancado, la nave se detuvo. Dowalsky lanzó una imprecación.

—¡Está encima de la casa del generador!

No había terminado de pronunciar dichas palabras cuando un fogonazo se vio en uno de los costados del artefacto. Joyce lanzó un grito.

—¡Nos bombardea!

Las manos de Kit se crisparon involuntariamente sobre el borde del tablero. Pese a todo, no tuvo otro remedio que admirar la serenidad de Dowalsky quien, manejando los mandos, consiguió seguir la trayectoria del proyectil.

Súbitamente, la imagen se borró de la pantalla. Un segundo más tarde, las tinieblas más absolutas cayeron sobre el grupo.

Hubo un denso silencio; después, un trueno sordo y profundo se dejó oír, haciendo vibrar sordamente los muros de la estancia.

CAPÍTULO VI



n la oscuridad osciló una débil llamita, disipando parcialmente las tinieblas y permitiendo ver un círculo de ansiosos rostros que se agrupaban en torno a la luz.

Dowalsky lanzó un suspiro, con resignada filosofía.

—Bueno, al fin se han salido con la suya —dijo.

—¿Qué piensa usted hacer ahora? —le preguntó el joven.

Dowalsky tenía el fósforo en la mano izquierda. Buscó algo sobre el tablero y apretó un botón.

La luz volvió inmediatamente, con gran alivio de los presentes.

—Éste es el alumbrado de emergencia —aclaró Dowalsky—. Durante el día, o sea cuando tenía desconectado el generador, usábamos nuestra, reserva eléctrica contenida en acumuladores que cargábamos a base de la energía producida por el generador. El consumo es mínimo y podíamos hacerlo sin temor. Pero ahora me temo que no podremos seguir utilizándolos; apenas durarían tres días, esto sin contar con que es preciso hacer funcionar de cuando

en cuando los mecanismos de ventilación.

—Usted dijo que emprenderíamos hoy la marcha —exclamó Kit.

—Y así es —repuso Dowalsky—. Partiremos apenas se haya hecho de noche. Ahora, puesto que no podemos hacer otra cosa, nos vamos a dedicar a preparar todo lo necesario para vivir cinco personas durante una semana de modo autónomo. Aparte de que la caza escasea, no es conveniente que utilicemos las armas de fuego, ya que los estampidos podrían atraer a indeseables vagabundos cuya compañía podría causarnos serios disgustos.

—Sin embargo —murmuró Kit—, y puesto que, según usted, vamos a emprender la lucha por la reconquista de nuestro mundo, lo lógico sería tratar de atraernos a los individuos que nos encontráramos al paso. Algunos de ellos podrían ser muy útiles y, sea como sea, debemos tener en cuenta que muchas de las barbaridades cometidas se deben únicamente al medio ambiente en que se desarrolla ahora nuestra existencia. Dándoles una oportunidad de regenerarse, esas personas podrían constituir una magnífica ayuda.

Dowalsky se acarició la mandíbula.

—No es mala idea del todo, capitán Dugan. De todas formas, no puedo prometerle nada. En todo caso, estudiaremos el asunto sobre el terreno.

Disponiendo las cosas para la partida, el día transcurrió con relativa rapidez, sin que ningún otro incidente viniera a turbar la paz de aquel profundo refugio. A la hora señalada, aquellas cinco personas se dirigieron hacia el pozo del ascensor.

Dowalsky fue el primero en subir, provisto de un largo rollo de cuerdas. Una vez arriba arrojó un cabo, al cual ataron parte de los equipajes, que se izaron así para mayor comodidad de los expedicionarios.

Una vez que todo estuvo arriba, emprendieron el ascenso. Había poca luz en el hueco, pero los peldaños metálicos se divisaban de modo suficiente y la subida, aunque: fatigosa por la gran profundidad a que se hallaba el refugio, se realizó sin el menor inconveniente.

Una vez hubieron salido completamente al exterior, Dowalsky se volvió hacia la entrada de la cueva.

—Lástima, que tengamos que irnos definitivamente. En medio

de todo, han sido dos meses relativamente agradables. Pero esos tipos no nos dejan otra opción. ¡En marcha!

Atravesaron el arroyo y una vez al otro lado, Kit fijó la ruta a seguir, orientándose por las estrellas. Así caminaron durante buena parte de la noche, con algunas paradas, en atención a Joyce, hasta que alrededor de las tres de la mañana decidieron hacer alto en un lugar particularmente espeso, que les ofrecía la ventaja de una fácil ocultación a indiscretas miradas.

Establecieron un turno de vigilancia, a repartir entre los cuatro hombres, pues no podían exponerse a sufrir una sorpresa que hubiera puesto en grave peligro sus aspiraciones. Y lo mismo hicieron durante cuatro días más, caminando por la noche y descansando durante la jornada diurna, único medió de pasar desapercibidos.

En varias ocasiones divisaron naves extrañas patrullando el cielo, moviéndose lentamente en todos los sentidos. Afortunadamente, pudieron pasar desapercibidos, cosa que no consiguieron otros, más desgraciados, quienes hubieron de sufrir los devastadores efectos de los bombardeos ejecutados sin piedad. Vieron elevarse llamas y humo a lo lejos y percibieren los estampidos de las explosiones, pero ninguna sucedió lo suficientemente cerca como para sentir temor acerca de ellas.

Cuando se disponían a descansar después de la dura jornada llevada a cabo en el cuarto día de su salida del refugio, vieron llamas a un kilómetro de distancia.

Kit se detuvo y, con unos prismáticos de que le había provisto Dowalsky estudió el incendio, que acababa de estallar.

—¿Qué es? —preguntó Joyce.

—Parece una granja a la cual acaban de pegar fuego… Sí, eso es; veo siluetas de gente que se mueve… Se destacan muy claramente contra el telón de llamas… ¡Cielos! ¡«Son ellos»!

Dowalsky saltó hacia Kit.

—¿Qué es lo que dice, Dugan? —rugió.

—Tome, véalo usted mismo —contestó el joven, pasándole los gemelos.

El individuo hizo lo que le decían. Al cabo de unos segundos de atenta observación quitó de su vista los binoculares.

—¡Es cierto! —murmuró—. Pero ¡qué extrajo resulta también

que hayan desembarcado para cometer una cosa tan simple como es el hacer arder una granja! ¿No opina usted así, Dugan?

Por toda respuesta, el joven empezó a colocarse los atalajes que ceñían a sus hombros la mochila en la que llevaba su parte de víveres y provisiones. Luego tomó el rifle y empujó la palanca de carga, situando un cartucho en la recámara.

—No sé si nos dará tiempo, pero ésta es la mejor ocasión que se nos presenta. ¡Hay que atrapar a uno de esos tipos y hacerle hablar, sea como sea!

—Falta que entienda el inglés —comentó con amargo humor Dowalsky, empezando a dejar también su mochila en el suelo.

Joyce tomó el brazo del joven, mirándole ansiosamente.

—Kit, se lo ruego, prométame que no cometerá ninguna tontería.

—Oh, por supuesto —contestó él con estudiada indiferencia—. A fin de cuentas, no olvide que es mi pellejo el que está en juego.

—Yo también voy con ustedes.

—Entonces, que se quede aquí el doctor Pauwels con la señorita Fulbright —dijo el joven.

Y los tres, sin cruzar ni una sola palabra más, emprendieron la marcha hacia la granja en llamas, en la que el incendio alcanzaba proporciones apocalípticas.

Eran mil metros a recorrer, aproximadamente, de un terreno cuyas dificultades estribaban, más que en lo escabroso, en lo desconocido que resultaba para ellos. Pero en el último medio kilómetro, el suelo se niveló, lo que les indicó que se hallaban en los trozos antes destinados a la agricultura.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaban en las cercanías de la granja a menos de cincuenta metros de la devoradora hoguera en que ésta se había convertido y que estaba consumiendo no sólo el edificio principal sino los anejos destinados al almacenamiento de productos y cobertizos para la maquinaria agrícola. El incendio era tan grande que el calor les llegaba a la cara, haciéndoles transpirar.

Aguardaron unos momentos, un tanto extrañados de no ver a nadie allí. Al fin, tras breve conciliábulo, resolvieron explorar la situación por tres lugares distintos a la vez, conviniendo en reunirse en aquel mismo punto, si no habían hallado ninguna novedad, diez minutos más tarde. En caso de peligro, bastaría el estampido de un

disparo para que los demás acudieran a socorrer a sus compañeros.

Establecido el plan, Kit se deslizó, rifle en mano, bordeando el grupo de árboles que circundaban la granja, deslizándose hacia su izquierda. Dowalsky quedó en el centro, en tanto que Moore lo hacía por la derecha.

En medio de todo y aunque el joven no sentía temor alguno, estaba, sin embargo, bastante emocionado. Pensaba que dentro de unos momentos se iba a enfrentar con unos seres desconocidos para él, que habían llegado Dios sabía de qué mundo y cuya forma de pensar y conformación anatómica ignoraba por completo. Pero, fuera como fuera, el solo hecho de recordar que tenían que vengar la muerte de la casi totalidad de los habitantes del globo, le dio ánimos para proseguir la empresa.

De un modo repentino, tanto, que no pudo evitar un movimiento de sobresalto, se dio de manos a boca con la negra mole de un enorme aparato volador, escondido al otro lado de un grupo de árboles particularmente espeso. Permaneció durante unos momentos, oculto tras un matorral, observando la entrada de la nave, idéntica en un todo a la que ya había visto en otra ocasión.

De pronto oyó ruido. Sus manos se crisparon sobre el cañón del rifle.

Dos gruesas siluetas se aparecieron ante sus ojos, caminando de un modo que, en los primeros momentos, causó notable extrañeza en el ánimo del joven, a menos de seis metros de distancia. Los dos seres llevaban bajo los brazos sendos objetos de forma aparentemente cilíndrica, cuyo objeto no supo comprender de momento.

Los dos individuos caminaban torpemente, deteniéndose de vez en cuando y tropezando con más frecuencia de la necesaria. Echaban la cabeza hacia atrás y se estremecían de un modo que Kit encontró sumamente extraño en aquellas circunstancias, aunque no era la primera vez que lo veía… en unos seres humanos, no en aquéllos.

Pronto comprendió lo que les sucedía y, entonces, sin dudarlo más, saltó fuera de su escondrijo, blandiendo el rifle. Se plantó ante les individuos, dejándoles momentáneamente paralizados por la sorpresa.

—¡Tirad eso! ¡Arriba las manos! —les gritó, a sabiendas de que

no le iban a entender. Pero confió en que su gesto sí fuera comprendido.

Aquellos individuos quedaron paralizados al ver surgir ante él a alguien a quien no esperaban. Kit había salido con ropas nuevas del refugio, pero los cuatro días de marcha habían causado ya algunos destrozos en su indumentaria, aparte de que no había podido afeitarse.

Uno de ellos tiró el objeto que llevaba en la mano y trató de alcanzar una pistola o arma similar que portaba pendiente de un cinturón que rodeaba su traje hermético. Sin vacilar, Kit se llevó el rifle a la cara y apretó el gatillo.

Fulminado por el disparo, el individuo cayó sin exhalar un gemido. El otro levantó las manos, de modo instantáneo.

—Muy bien —dijo el joven—, así me gusta. Ahora, quédate donde estás y no te muevas hasta que vengan mis…

Kit no pudo concluir su frase. Algo muy duro y contundente cayó en aquellos momentos sobre su nuca. Las estrellas del cielo parecieron bajar hasta sus pupilas y luego hasta la noche pareció alejarse de su conciencia.

Lo primero que oyó al despertarse fue la ansiosa voz de la muchacha.

—¡Kit, Kit, despierte! ¿Me oye? ¡Soy yo, Joyce!

—Ya abre los ojos, no se preocupe —dijo gravemente Dowalsky.

Un intenso dolor sacudió la nuca del joven al recobrar el conocimiento. Durante unos segundos, su mente vagó por los linderos de una gris semiinconsciencia, hasta que, paulatinamente, se encontró con la normal posesión de todas sus facultades.

Ayudado por la muchacha, se sentó en el suelo, frotándose la nuca en la que halló, al tacto, un chichón del tamaño de un huevo de paloma. Entonces se dio cuenta de que estaba a la sombra de un árbol, que era completamente de día y que cuatro rostros le miraban con distinta expresión. Joyce, con ansia; Dowalsky, fumando indiferentemente; Moore, con curiosidad y Pauwels con expresión profesional.

—¿Qué me ha sucedido? —inquirió.

—Nada irreparable, afortunadamente —comentó el médico—. Alguien le atacó y le golpeó, eso es todo. Pero salvo la conmoción, no ha sufrido ningún otro daño. Afortunadamente, tiene todo el día

de hoy para reponerse. Quédese donde está y procure no hacer más movimientos que los indispensables.

La vista de Kit se volvió hacia Dowalsky.

—¿Vio usted algo? —le preguntó.

—No. Cuando yo llegué, la nave despegaba. En un principio, al no encontrarle, llegué a creer, incluso, que le habían secuestrado. Afortunadamente, no ha sucedido así.

—Sí, afortunadamente —murmuró el joven, y de pronto recordó una cosa—: Oigan, yo maté a uno de esos extraños.

—¿De veras? —exclamó Moore, interesadísimo—. ¿Cómo eran? ¿Qué aspecto tienen?

Kit se encogió de hombros.

—No lo sé. Había bastante oscuridad y el momento no era para andarse con muchos miramientos. Uno de ellos trató de atacarme y entonces tiré. A dar, por supuesto; con esos tipos hay que tener mucho cuidado.

—Pues no hemos hallado su cuerpo, capitán Dugan. Yo fui el primero en llegar aquí y sólo pude verle a usted. El disparo me alarmó y…

—Debieron largarse casi de inmediato. Yo obré un poco precipitadamente, es cierto, pero, de todas formas, si no lo hubiera hecho así se me hubieran escapado. Estaban ya a menos de doce metros de su nave.

—Debió de ser —dijo Dowalsky pensativamente—. Alguno de sus compañeros, el cual le atacó por sorpresa.

—Eso creo yo. Aunque, en medio de todo, la exploración no ha sido tan infructuosa como creemos.

Todos le miraron con sorpresa.

—¡Cómo! ¿Averiguó algo, capitán?

Kit asintió con lentos movimientos de cabeza.

—¡Ya lo creo! Y estoy seguro de que les va a extrañar a ustedes cuando se lo diga, como a mí en el momento de descubrirlo.

—Bueno, explíquese de una vez, hombre de Dios; nos tiene sobre ascuas —exclamó Moore, muy impaciente.

—Parece increíble… pero nada hay más cierto. Esos individuos estaban borrachos como una cuba. He aquí el motivo de su desembarco y luego el subsiguiente incendio de la granja para borrar acaso las huellas de su paso.

—¡Borrachos! —exclamó Joyce, atónita.

Kit afirmó enérgicamente.

—Apenas se podían tener en pie. ¡Diablos!, esos tipos podrán ser de otro mundo, pero beben como terrestres. Mejor dicho, más que terrestres. Reían como locos, aunque no oí sus carcajadas por llevar las escafandras puestas, y bajo el brazo, cada uno llevaba un barrilillo de licor.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó Dowalsky, palmeándose sonoramente el muslo—. ¡A esos individuos les gusta el alcohol!

—¡Y de qué manera! —agregó el joven—. No sé cómo lo habrán descubierto, pero estoy seguro de que, a partir de ahora, van a pasarse la mitad del tiempo bebiendo, y la otra mitad, cuando estén serenos, buscando algo en qué saciar su sed de licores.

—¡Hombre!, pues no estaría mal del todo combatirlos con esta arma nueva —rió Dowalsky estrepitosamente—. Lo malo es que no nos dejarían acercamos a ellos para ofrecerles nuestros alcohólicos presentes.

—Bromas aparte, ésta era la mejor ocasión que hemos tenido nunca para sorprenderlos y la hemos perdido miserablemente.

—Usted hizo todo lo que pudo, Kit —trató de consolarle la muchacha.

—Pero acabaron largándose. La próxima vez…

—No creo que haya próxima vez —dijo con firmeza Dowalsky—. A partir de este momento, evitaremos cuidadosamente toda clase de encuentros. Autoricé la exploración por creerla de interés general —y efectivamente, lo era—, pero no quiero correr más riesgos. No olvide, capitán Dugan, que disponemos de un submarino atómico, pero si usted muriera, no tendríamos quien supiera manejarlo ni llevarlo hasta «Punto Cerebro». He recibido unas órdenes con respecto a usted y debo cumplirlas.

—Muy bien, así se hará —contestó el joven, sintiéndose disgustado más que por el golpe recibido, por el fracaso de su aventura.

Luego se sintió invadido por el sueño y buscó una postura cómoda. Joyce le arregló una rústica almohada con una de las mochilas, después de lo cual y de sonreírle agradecido, el joven se entregó al descanso.

Después de cenar reemprendieron la marcha. Kit estaba

restablecido por completo y la comida le había devuelto las energías consumidas.

Las tres jornadas restantes se desenvolvieron sin novedad apreciable. En alguna ocasión avistaron merodeadores, que fueron esquivados por consejo de Dowalsky quien no quería correr riesgos innecesarios.

—Sería un gesto laudable tratar de atraérnoslos, pero podrían atacarnos antes de que se dieran cuenta de nuestras intenciones. Los médicos andan escasos, y la vida del doctor Pauwels es preciosa es estas circunstancias. En cuanto a usted, capitán, ya sabe cuál es mi opinión.

Kit se quejó mirando a Dowalsky, cuyo rostro, como de costumbre, aparecía inescrutable. ¿Qué misterio encerraba la actitud de aquel individuo? ¿Qué papel desempeñaba en el fondo de todo aquel endiablado asunto?

Resignado a no averiguarlo, al menos por el momento, Kit entendió que debía abstenerse de formular pregunta alguna y continuó su camino.

Vieron un par de naves volando a gran distancia. Los aparatos arrojaban sus bombas de modo muy espaciado y a veces se limitaban a pasar sobre ellos, sin tocarlos ni dar muestras de que les habían advertido. Kit juzgó que los extraños se consideraban ya como vencedores absolutos y no querían derrochar más explosivos, reservándolos, acaso, para empresas de más alta categoría.

Al fin avistaron la costa.

El perfume salino del mar dilató las aletas de la nariz del joven, quien inmediatamente se sintió convertido en un hombre nuevo. Respiró profundamente y escuchó con infinita delicia el batir de las olas sobre los cercanos acantilados, un ruido que hacía tiempo no oía y que le reconfortó notablemente.

El amanecer del día prefijado, encontraron el submarino, tal y como Dowalsky lo había predicho.

Capítulo VII


a nave se hallaba en la costa, en una especie de muelle natural, hábilmente adaptado como embarcadero y prácticamente invisible como consecuencia de la red de «camouflage» que había sido extendida sobre ella. El corazón de Kit se ensanchó al ver las finas líneas de aquel galgo de los mares, tan parecido al último que había mandado hasta un par de semanas antes de la hecatombe.

A Joyce también le gustó.

Por su propio consejo, aceptado sin vacilar por todos los demás, aguardaron a que se hiciera de noche para quitar el enmascaramiento. Pero éste no era obstáculo para que, deslizándose bajo él, pudiera penetrar en el interior del navío.

Una de las escotillas estaba abierta y por ella se deslizaren las cinco personas, una tras otra. Kit iba en cabeza, como conocedor de las interioridades de la nave, un artefacto superior a las diez mil toneladas que pese a su enorme volumen, podía deslizarse bajo el

agua a una velocidad superior a los treinta nudos y alcanzar el doble al menos en superficie.

Allí se sentía el joven como en su propio elemento. Palmeó los metálicos mamparos de la nave, como si fueran los flancos de su caballo favorito. Joyce observó la complacencia del joven al verse dentro de la nave.

—Se encuentra aquí a gusto, ¿verdad, Kit?

Éste se volvió a mirarla.

—Para mí es poco menos que haber muerto y resucitar —dijo—. Jamás creí volverme a ver de nuevo a bordo de un submarino.

—¿Qué le ocurrió que no se hallaba usted con el suyo cuando estalló la primera bomba?

El rostro del joven se nubló.

—Estaba disfrutando de un mes de vacaciones —dijo—. Por contraste con mi profesión, me gusta la montaña y cada vez que me tomo un descanso, paso parte de él haciendo vida solitaria por los montes, con una mochila por todo equipaje. Gracias a lo cual, salvé la vida. ¿Y usted?

Joyce titubeó en la respuesta.

—Algo por el estilo —acabó por decir, y el joven, discretamente, no quiso insistir más.

Así hablando llegaron a la sala de mandos del buque, situada en el centro, un poco hacia proa. Kit se detuvo unos instantes, pasando suavemente la mano por el gran tablero de control, en el que estaban centralizados todos los mandos de la gran nave, pareciendo una inmensa máquina de escribir, sobre la cual, además, había un gran panel vertical lleno de esferas e indicadores, cuya sola vista mareó a la muchacha. También había algunas pantallas de televisión, enlazadas con sus respectivos objetivos tomavistas, situados en distintos puntos de la nave al extremo de sendos periscopios.

—Deba de ser un lío tremendo entendérselas con todos esos botones —dijo ella, asustada.

—Oh, nada de eso —contestó él—; solamente cuestión de práctica. Además, el comandante del submarino no suele hallarse aquí, sino en su cuarto, desde donde ordena las maniobras al oficial de guardia. Pero, en su ausencia, tendré que desempeñar yo tales funciones.

—¿Encuentra todo a su gusto, capitán? —preguntó Dowalsky.

Kit se volvió para mirar al individuo.

—Se lo diré más tarde —repuso—. Desde aquí puedo controlar toda la nave, es cierto, pero hay cosas que deben inspeccionarse personalmente. Las cámaras de torpedos y proyectiles dirigidos, los pañoles de víveres, bueno, un sinfín de cosas cuya enumeración me llevaría mucho rato.

—¿Quiere usted que le ayudemos?

—Oh, no, gracias —dijo él—. Lo haré yo solo. Sin embargo, Dowalsky, le sugiero se nombre un servicio de vigilancia en la torreta del submarino, arriba. Un hombre con un par de prismáticos, relevado periódicamente, en tanto que los demás descansan y se asean. Si el submarino está como yo me pienso, no debe carecer de nada e incluso ha de tener ropas para cambiarnos.

—Bien —sonrió Dowalsky—, a bordo es usted el que manda.

—De momento no tengo nada más que decir. Establezca usted mismo el servicio. Yo voy a buscar una cámara para la señorita e inmediatamente me dedicaré a inspeccionar la nave.

Así lo hizo el joven, entregándose con afán al trabajo, olvidándose de todo en su ansia de tener todo listo para la hora de la partida.

Varias horas más tarde se tropezó con la muchacha, la cual le llevaba una bandeja con comida.

—Debe usted alimentarse, Kit —dijo ella—. Todavía no se ha tomado un minuto de reposo.

—Me había olvidado de comer —sonrió el joven.

En seguida se sentó sobre un tubo que cruzaba aquel sector de la nave, en sentido longitudinal. Cogió la bandeja y empezó a comer.

Los ojos de la muchacha repararon entonces en una puerta que había en uno de los lados de la estancia, cuyo marco estaba pintado en un vivo color rojo.

El hecho intrigó a la muchacha.

—¿Qué hay al otro lado, Kit? —preguntó, sin poder contenerse.

—La pila atómica que produce la energía que mueve al navío. Desde que se cerró no ha sido abierta, ni lo será jamás. Cuando hay que renovar la provisión de combustible nuclear se hace en lugares adecuados y por una escotilla situada en la parte superior, utilizando medios mecánicos, de modo que la radiación no alcance

a los hombres que intervienen en la maniobra.

—¿Y no puede darse el caso de que llegue a estallar?

—Por supuesto que sí, aunque esto es dificilísimo que ocurra. Toda pila atómica que proporciona fuerza se encuentra en el mismo caso que ésta y, hasta ahora, los accidentes de tal naturaleza han sido escasísimos, que yo recuerde, por no decir ninguno. Pero no se preocupe y deseche sus pronósticos agoreros; dentro del submarino está tan segura como podría estarlo en su propia casa.

—En circunstancias normales, naturalmente.

—Es verdad, lo había olvidado —murmuró él—. Entonces —añadió—, aquí está más segura que en su casa.

Kit continuó comiendo y ya estaba a punto de terminar, cuando Moore irrumpió bruscamente en la cámara.

—¡Capitán Dugan! —exclamó, muy excitado—. El doctor Pauwels informa de que hay una nave enemiga volando sobre nosotros.

El joven dejó a un lado la bandeja.

—¡Diablos! Esto sí que es serio. ¡Vamos allá!

Los tres echaron a correr, dirigiéndose a la sala de controles, en la que ya se hallaba Dowalsky, contemplando con aire fluctuante el enorme tablero, pero sin atreverse a tocar ninguno de los mandos. Kit lo apartó a un lado y se sentó ante el mismo, en un taburete que estaba provisto de ruedas que corrían a lo largo de dos pequeños carriles con el fin de permitirle el desplazamiento en un sentido u otro, mediante una pequeña ayuda de los pies, cosa necesaria dado el gran tamaño del «piano».

—Díganle al doctor que abandone, el observatorio y que se reúna con nosotros aquí, inmediatamente.

Moore salió a cumplir la orden. Mientras tanto, las manos de Kit volaban sobre el tablero, manejando hábilmente botones y palanquitas de toda índole.

La estructura del submarino empezó a vibrar suavemente, de una forma apenas perceptible, cuando Kit puso en funcionamiento sus poderosas máquinas. Fuera había algo de oleaje, pero el inmenso peso de la nave hacía que ésta no se moviera en absoluto, permaneciendo quieta, con una estabilidad total.

Moore llegó a los pocos momentos, seguido del doctor Pauwels. Éste venía muy pálido y agitado.

—¡Los extraños nos han visto, capitán! ¡Nos bombardearán…!

—Cálmese, doctor —dijo el joven—. Nosotros también tenemos medios de responder a su ataque. Y lo va a ver ahora mismo.

Cuatro pantallas de televisión se iluminaron repentinamente, correspondiendo cada una de ellas a otros tantos periscopios enfocados a los cuatro puntos cardinales. Kit fue moviendo suavemente los mandos, hasta centrar en una de ellas la conocida imagen de una nave extraña.

El joven tocó unos cuantos botones más, llevando su vista alternativamente de éstos a los indicadores que tenía frente a él. Se deslizó medio metro a su izquierda, movió un par de conmutadores, y luego volvió al mismo sitio de antes.

Mientras tanto, y ello era visible en la pantalla, la nave seguía acercándose. Era evidente que quería estar lo suficientemente cerca para no fallar su tiro.

Súbitamente, el dedo índice del joven presionó un botón. La nave sufrió una fuerte sacudida.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Joyce, alarmadísima.

—Acabo de largarles un torpedo dirigido —contestó él—. ¡Y ahora otro! ¡Miren la pantalla!

Cruzando el vidrio deslustrado con grandísima rapidez, una raya de humo blanquecino se dirigió hacia lo alto, encaminándose hacia la astronave enemiga.

Repentinamente, a mitad del camino, se vio un fuerte chispazo, seguido de una gran nube de humo.

—¡Lo han interceptado! —gritó Moore, pero no había acabado aún de hablar cuando un fenomenal relámpago cubrió todo el espacio visible de la pantalla.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —exclamó la muchacha, terriblemente pálida, viendo que una gran nube de humo, infinitamente mayor que la anterior, se extendía perezosamente por el cielo.

—Simplemente, me adelanté a sus propósitos —contestó el joven —. Me imaginé que detectarían el primer torpedo, como así ha sucedido y ustedes han podido observar. Lo hicieron estallar, disparando otro, pero no estaban prevenidos para el segundo mío que es el que ha hecho blanco directo, destruyéndoles la nave.

—Sin duda ha sido una hazaña magnífica, capitán —elogió

Dowalsky—. Pero es de temer que las explosiones atraigan a más naves invasoras.

Kit se puso en pie.

—Opino igual que usted. Por lo tanto, lo que vamos a hacer ahora mismo, sin perder un segundo, es prepararnos para la marcha. Vamos a quitar la red de «camouflage» y en cuanto lo hayamos hecho largaremos amarras.

—Pero aún es de día, capitán —objetó el doctor.

—Yo lo sé. Sin embargo, aquí estamos indefensos y no podríamos rechazar con éxito un ataque coordinado de varias de esas naves. Hemos de zarpar inmediatamente, sumergiéndonos apenas tengamos la profundidad suficiente para ello. Usted, Joyce —se dirigió a la muchacha—, se quedará aquí. Observe esa pantalla.

Si se acerca alguna nave enemiga, la detectará inmediatamente. Verá un puntito verdoso aparecer y desaparecer. Entonces toque este botón y nosotros correremos a escondernos. ¿Me ha entendido?

La muchacha asintió, sin poder contestar, embargada por la emoción. Acto seguido, los cuatro hombres salieron al exterior.

La red fue arrojada a un lado, trabajo más duro de lo que parecía a simple vista, dada su enorme extensión. Pero al fin, la ahusada estructura del submarino quedó al aire, oscura, potente y amenazadora, encerrando en su seno una fantástica capacidad de destrucción.

Soltaron amarras. Inmediatamente, Kit ordenó que todos bajaran. Él se quedó el último, encargándose de cerrar la escotilla a mano. La aseguró sólidamente y después se dirigió a la cámara de control.

Efectuó la maniobra utilizando los distintos periscopios. Dio marcha atrás, muy lentamente, y el submarino salió de su escondrijo, navegando de popa, hasta que, al fin, la sonda acústica indicó al joven que tenía el suficiente fondo para sumergirse.

En aquel momento, Joyce lanzó un grito, al mismo tiempo que señalaba una de las pantallas.

Kit levantó la vista.

—Ya me lo temía —masculló.

Acto seguido hizo funcionar a toda prisa los mecanismos de inmersión. Al mismo tiempo, la nave efectuó una rapidísima virada,

poniendo proa a alta mar.

Se hundió bajo el agua en contados segundos, adoptando un agudo ángulo de ataque. El agua espumajeó y luego las olas borraron toda huella de su inmersión.

Mas a pesar de todo, el joven no estaba tranquilo.

Confiaba en la capacidad de maniobra de su nave, pero temía no haber actuado con la suficiente velocidad como para escapar a los ataques de la nave extraña. Y sumergido no podía hacer uso del radar para detectarla, por lo cual se limitó, forzosamente, a hacer que se hundiera velozmente.

Sus ansiosos ojos escrutaron el manómetro de profundidad. La cota de los cincuenta metros fue rebasada rápidamente, alcanzándose los cien los pocos segundos. La nave estaba construida para soportar perfectamente mayores presiones y así pudo hundirse a unos quinientos metros en contados minutos.

De pronto, el submarino se balanceó con suavidad de costado. Un sordo fragor llegó hasta los oídos de sus ansiosos tripulantes.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó Joyce, muy pálida.

—Figúreselo —repuso Kit, la vista clavada en el tablero de instrumentos.

Otra bomba sacudió a la nave con más fuerza que la anterior. Las luces oscilaron levemente, recobrando su brillo casi de inmediato.

—¡Sumérjase más! —gritó Moore, perdida la serenidad.

—Es muy arriesgado —contestó Kit—. La nave soporta ya una presión excesiva y podrían fallar algunos de los mamparos.

—Pero si nos alcanza alguna de las cargas…

El profesor no pudo continuar. Un trueno, más ruidoso que los anteriores, sacudió con fuerza a la nave, haciéndola oscilar de modo peligrosísimo.

Todos cuantos se hallaban allí, rodaron por el suelo, y si a Kit no le sucedió lo mismo, se debió al hecho de haberse agarrado con ambas manos al borde del tablero.

La luz se oscureció por completo durante unos segundos, pero luego volvió a encenderse por sí sola.

Kit se mordió los labios. La frente empezó a transpirarle. Oyó gritos de dolor y maldiciones en torno suyo, pero no quiso arriesgarse a mirar, debiendo estar continuamente atento a los

mandos del sumergible.

Con gran pesar se decidió a hundirse en aguas aún más profundas. Quinientos metros eran ya una profundidad respetable, que el joven no había alcanzado ni siquiera en ejercicios prácticos, aunque sabía que la nave podía soportar perfectamente aquellas bárbaras presiones. Sólo el hecho de hallarse ante un terrible peligro, le impulsó a huir de él, buscándose otro menor, al menos en apariencia. Pero siempre le quedaba el temor de que algún estallido hiciera ceder los robustos costados de la nave y entonces la catástrofe quedaría consumada.

Durante media hora interminable, el submarino fue sacudido metódicamente por las explosiones. En todo aquel tiempo, Kit no se movió de su puesto, soportando estoicamente el impecable bombardeo. Ni siquiera pensó en contestar con un proyectil dirigido, ya que sabía que éstos no podían dispararse desde aguas tan profundas, en donde la presión podía hacer fallar alguno de sus delicados mecanismos, al influir en sus paredes externas.

Después de un tiempo que pareció eterno, el silencio volvió a enseñorearse del submarino. Kit había rebasado ligeramente la cota de los seiscientos metros, y aunque sabía que la nave padecía con la tremenda presión que el agua ejercía sobre el casco, no quiso arriesgarse en vano, subiendo a aguas menos profundas.

En todo aquel tiempo, el submarino apenas si avanzó, navegando a menos de un cuarto de máquina, pues Kit no quiso forzarlas, debido, precisamente a la gran profundidad alcanzada. Pero cuando, al fin, observó que no se producían más estallidos, puso las bombas en funcionamiento.

El aire comprimido actuó, expulsando el agua de los lastres y el submarino comenzó a ganar altura. Pese a todo, Kit no quiso emerger totalmente y lo dejó en la cota de los cincuenta metros, arrumbando hacia el sur a una media de veinte nudos.

Después de fijar el piloto automático, que mantendría el rumbo constante, se dedicó, infatigable, a inspeccionar la nave, no encontrando, afortunadamente, ningún desperfecto de importancia. Rendido y fatigado, buscó un hueco para descansar, pero en el momento en que, sin desnudarse tan siquiera, se disponía a tumbarse en la litera, Joyce apareció ante él con una segunda bandeja de comida.

—Debe alimentarse —le dijo ella, en tono de reproche.

—Ahora no, estoy enormemente cansado.

La muchacha sacudió la cabeza, depositando la bandeja sobre la mesita que había en la cámara.

—Ésa no es una disculpa, Kit. Necesita conservar todas sus fuerzas para llevarnos a buen puerto… ¿Cómo lo lograríamos sin usted?

El joven se incorporó, sonriendo.

—Es usted muy buena conmigo, Joyce.

—No olvido que nos ha salvado la vida a todos. Dudo mucho que otro cualquiera hubiera hecho lo mismo que usted en análoga coyuntura.

—Posiblemente aún mejor —repuso él, sentándose a la mesa.

Ella se apoyó en la pared, mirándole fijamente.

—Kit. —Dijo en tono quedo—, ¿qué opina usted de todo esto?

—¿A qué se refiere? —repuso el joven, atacando con decisión el plato lleno de comida.

—Pues… a todo lo que nos está sucediendo. La casa con el generador, el refugio, el submarino… ¿No opina usted que todo resulta muy extraño?

—Aparentemente, sí, pero en las actuales circunstancias, las cosas extrañas suelen ser precisamente las normales.

—¿Incluso que haya un submarino alistado por completo y dispuesto para zarpar apenas se encuentre un comandante para él?

—Si se refiere usted a la forma en que Dowalsky aprestó la nave, le diré que no me importa en absoluto. Funciona magníficamente, responde de un modo estupendo a los mandos y, para mí, esto es lo que cuenta. Lo demás…

Joyce permaneció aún unos segundos contemplando a Kit. Después, sin añadir palabra, dio media vuelta y salió de la cámara.

Durante unos segundos, Kit estuvo mirando fijamente, con abstraída expresión, la puerta por donde la muchacha acababa de desaparecer. Después, con gesto preocupado, atacó nuevamente la cena.

Una semana más tarde, el submarino enfilaba la entrada del túnel.

CAPÍTULO VIII



antenía Kit todos sus nervios y músculos en tensión. Sentado ante el tablero de mandos, sudaba abundantemente, en tanto guiaba al sumergible hacia la entrada del túnel, situada a unos cien metros bajo el nivel de las aguas. La nave tenía instalada a proa un par de poderosos reflectores que disipaban las tinieblas submarinas en un gran radio de acción. En el centro de los mismos había un objetivo periscópico, conectado con una de las pantallas visoras del cuarto de mando, por medio de la cual Kit guiaba a la nave por el interior de las aguas.

Lentamente, el submarino fue descendiendo hasta que su proa quedó enfilando exactamente la entrada del túnel. Éste era una excavación colosal, de más de cincuenta metros de diámetro, que destacaba poderosamente en negro entre el tono grisáceo de la costa que se hundía en el mar en aquellos parajes.

Cuando, al fin, la nave hubo alcanzado la cota necesaria, Kit hizo funcionar las máquinas propulsoras. No queriendo correr

riesgos innecesarios, avanzó a una marcha reducidísima, apenas perceptible pero que le hacía progresar de modo indudable.

Cuando calculó que todo el submarino se hallaba ya dentro del túnel, conectó los reflectores y periscopios laterales, con el fin de observar el avance, ya que frente a él no distinguía más que una mancha negra, sin el menor relieve significativo. Por medio de las pantallas correspondientes a dichos objetivos, estudió el avance de la nave, viendo cómo las paredes del túnel parecían ir retrocediendo lentamente a medida que iba avanzando.

Los otros cuatro ocupantes de la nave estaban junto a él, contemplando las imágenes que aparecían en las pantallas, sin efectuar el menor comentario, guardando todos un recogido silencio, que hacía más perceptible aún el leve zumbido de las hélices que propulsaban a la nave.

Súbitamente, los reflectores iluminaron, a unos cien metros de distancia de la proa, un liso muro que cortaba el avance de la nave. Kit frunció el ceño, al mismo tiempo que detenía las máquinas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una de las esclusas de acceso al túnel —contestó Dowalsky.

—Para mí es nuevo. Es la primera vez que lo atravieso —comentó Kit, y luego preguntó—: ¿cómo haremos para que nos abran la esclusa?

Dowalsky vaciló unos segundos; después dijo:

—En la esclusa hay siempre alguien de guardia, capitán. Podríamos llamar su atención haciendo señales con los reflectores, lanzando destellos intermitentes con el sistema Morse. ¿Me permite que lo haga yo?

—Muy bien —accedió el joven, levantándose de su asiento. Le indicó un interruptor—. Ése es el mando que acciona uno de los dos reflectores de proa. Apagaré los restantes y así el resultado será mejor.

Dowalsky asintió y, en medio de la expectación general, se sentó ante el cuadro de control. Apoyó su dedo índice en el interruptor señalado y comenzó a transmitir, atentamente observada su maniobra por el joven.

La respuesta no se hizo mucho de esperar. Una luz destelló en el liso muro de acero de la esclusa.

—¿Quiénes sois? —preguntaron en Morse.

—Submarino amigo —contestó Dowalsky—, a cargo del capitán Dugan. Stan Dowalsky comisario de «Punto Cerebro», a bordo del mismo.

—¡Diablos! —exclamó Kit—. Ése es un empleo nuevo para mí.

Dowalsky sonrió, en tanto que tenía sus ojos fijos en la pantalla visora.

—Es el que me corresponde en estas circunstancias. Pero déjeme ver qué contestan.

—O. K. —respondió el individuo que manejaba el reflector de la esclusa—. Pasamos su mensaje a «Punto Cerebro». Aguarden, mientras tanto.

El reflector se apagó, quedando encendido únicamente el del submarino.

Entonces, Kit preguntó:

—¿Cómo es que tienen cerrada la entrada al túnel?

—Seguramente para prevenir ataques enemigos, digo yo —repuso Dowalsky en tono casual—. Bien —añadió—, creo que la cosa tardará un poco en llegar. Esta gente nunca tienen prisa. ¿Por qué no se retiran a descansar un poco? Capitán Dugan, usted lo está necesitando más que nadie. Yo me quedaré aquí vigilando hasta que llegue la respuesta y entonces le avisaré, ¿le parece bien?

Kit miró suspicazmente al extraño individuo, pero acabó por acceder. Los demás, atendiendo también a la sugerencia de Dowalsky, se retiraron a sus camarotes.

Kit comprendió que, en medio de todo, Dowalsky tenía razón. Se sentía bastante cansado después de aquella semana en que había estado casi todo el tiempo en la cámara de derrota, vigilando atentamente el rumbo de la nave. Había realizado un esfuerzo considerable y ahora que estaba a punto de lograr el premio de sus desvelos, la naturaleza reclamaba sus derechos.

Sin desnudarse tan siquiera, Kit se tumbó en su litera, quedándose dormido de inmediato. Moore y el doctor Pauwels se retiraron a una de las cámaras, en donde quedaron hablando en voz baja.

Pasaron algunos minutos. El silencio a bordo del sumergible era absoluto. En su cámara, la muchacha permanecía meditabunda, tratando de desvelar por sí misma todos aquellos misterios que, hasta el momento presente, le resultaban insolubles.

De repente, un ligero chasquido llegó a oídos de Joyce. Curiosa, se asomó cautelosamente por la puerta, abierta lo justo para ver el trozo de corredor que tenía ante sí.

La imagen de Dowalsky apareció ante sus ojos. El individuo quedó en el centro del pasillo, mirando a un lado y a otro, con gesto inquisitivo y luego echó a correr en silencio, dirigiéndose hacia la proa de la nave.

Aquella acción intrigó no poco a la muchacha. Tentada estuvo de ir en busca de Dowalsky y preguntarle por los motivos de su extraño proceder, pero un súbito presentimiento le hizo abstenerse de hacerlo. En su lugar, salió de su cámara y, también silenciosamente, se dirigió hacia la del joven.

Cerró cuidadosamente la puerta a su espalda, cerciorándose antes de que nadie la había visto entrar. Después se aproximó a la litera, tocando el hombro del durmiente.

Hubo de sacudir a Kit con alguna fuerza, pues el joven se había dormido profundamente. Al fin abrió los ojos y al ver a la muchacha en su camarote se sentó de golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alarmado.

Ella se puso el índice ante los labios, recomendándole silencio.

—¡Cuidado! Pueden oírnos, Kit.

—¿Sucede algo grave?

En voz muy baja, la muchacha le contó todo lo que acababa de ver.

Alertados instantáneamente todos sus sentidos, Kit se tiró inmediatamente del lecho.

Tomó su revólver y comprobó si la carga estaba completa. Después se volvió hacia ella.

—Usted me señalará el camino. ¡Vamos!

Abrieron la puerta sigilosamente, cerciorándose de que no había nadie en el pasillo. La cámara que ocupaba Moore y el doctor estaba situada en el extremo opuesto, hacia popa, por lo cual era poco probable que pudieran verles.

Se deslizaron en silencio a lo largo del pasillo, rebasando la cámara de derrota, A partir de aquí, la muchacha ya no supo dar más detalles.

Kit frunció el ceño. El sumergible era una nave colosal y tenía tres pisos, de modo que buscar a Dowalsky hubiera sido una tarea

ímproba, además de que no les convenía que el individuo se enterase de que ellos sabían que se había movido de su puesto de vigilancia, en la sala de derrota.

De repente, un levísimo chasquido llegó a oídos del joven. Éste trató de averiguar la dirección del sonido y un segundo más tarde, corría hacia el cuarto de control.

El reflector de proa continuaba aún encendido, iluminando el muro de acero de la esclusa, visible a través de la pantalla. Pero Kit no miró las imágenes reflejadas en el vidrio deslustrado, sino que su vista recorrió, con la práctica adquirida en los años de experiencia, los indicadores del tablero.

Una exclamación se escapó de sus labios al averiguar la causa del ruidito.

—¡Dowalsky ha salido al exterior! —dijo.

Joyce se estremeció.

—¿Cómo es posible tal cosa?

—Tenemos a bordo varias escafandras que pueden ser utilizadas a grandes profundidades, pues llevan un mecanismo de contrapresión. Dowalsky ha cogido una de ellas y ha salido por la esclusa que hay situada a proa… ¡Mire! ¡Ahí está!

Los ojos de la muchacha siguieron la dirección que le indicaba la mano de Kit. En la pantalla de televisión se advertía ahora un movimiento no visto anteriormente.

Disminuida por la distancia y, naturalmente, por el tamaño de la propia pantalla, se veía una silueta que se movía pesadamente dentro del agua. Sus movimientos eran torpes, más probablemente por la poca práctica que por la gran presión del agua que allí reinaba, correspondiendo a una profundidad de unos setenta u ochenta metros.

Kit manejó el mando telescópico, agrandando la imagen hasta adquirir la certeza de que, efectivamente, aquel nadador no podía ser otro que Dowalsky.

El individuo llevaba en la mano un bulto cuadrado, de unos cincuenta centímetros de lado por treinta de grueso. Nadó suavemente hasta la esclusa pero, de pronto, perdiendo altura, escapó al radio de acción del objetivo periscópico.

Kit lanzó una maldición al ver que se esfumaba la imagen de Dowalsky.

—¿Qué es lo que querrá hacer? —preguntó Joyce, angustiada.

—No lo sé —contestó el joven, ceñudo—. Hay en su forma de obrar demasiados puntos oscuros, pero pienso hacer que me los aclare en cuanto hayamos franqueado la esclusa.

Joyce dijo, pensativa:

—Es un tipo muy raro, en efecto. ¿Qué papel cree usted que desempeñará en todo este asunto?

—No puedo decírselo; lo que sí sé es que se lo pienso preguntar en cuanto tenga ocasión. Y no pase cuidado; me contestará.

Pasaron diez minutos largos, angustiosos, sin que la imagen de Dowalsky volviera a aparecer en la pantalla.

Súbitamente, el reflector de la esclusa centelleó frente a ellos.

Kit movió los labios al mismo tiempo que descifraba el mensaje que les enviaban.

—Vamos a abrir la esclusa. Al hacerlo se produce una corriente de velocidad tres nudos. Den contramáquina para evitar ser arrastrados y producir accidentes.

—Enterado —contestó el joven por el mismo medio, poniendo en funcionamiento los poderosos motores de la nave.

—¿Va a cruzar la esclusa sin Dowalsky? —preguntó ella, angustiada.

—Si no está en la nave para cuando la abran, desde luego. ¡Mire, ya empieza a abrirse!

Los efectos de la corriente empezaron a notarse. Kit dio máquina atrás, a fin de contrarrestar sus efectos, pero lo hizo de un modo suave, de modo que, a pesar del todo, el sumergible continuaba ganando espacio.

Una gran línea negra apareció ante ellos. Kit conectó el otro reflector, con el fin de aumentar la iluminación.

La abertura se ensanchó lentamente, a medida que las dos grandes hojas de acero de la esclusa giraban anta ellos. Poco a poco, fueron abriéndose hasta que, al fin, quedó el espacio suficiente para que la nave pudiera deslizarse entre las mismas.

—Y Dowalsky sin aparecer —murmuró amargamente la muchacha—. ¿Qué le habrá ocurrido?

—Ése no es pez que se ahogue en el agua —contestó Kit—. Ya encontrará el medio de pasar dentro otra vez.

—¿Usted cree? —exclamó ella, pero Kit, atento a la maniobra,

no le contestó.

Poco a poco, la nave avanzó hasta franquear totalmente la esclusa. Entonces, Kit conectó el periscopio de popa y los correspondientes reflectores, observando el cierre de la esclusa por la pantalla. Vio que las grandes compuertas se cerraban y en el acto sintió que cesaba el empuje de la corriente.

Entonces dio avance a las máquinas, navegando a un par de nudos, con el fin de prevenir posibles accidentes. Al mismo tiempo, comenzó a bombear aire a los lastres, con el fin de emerger.

Las pantallas fueron indicando un aumento de la luz a medida que el sumergible ganaba altura. Kit apagó los reflectores poco antes de que la proa de la nave emergiera fuera de la superficie.

Faltarían cuatro o cinco metros para que la torreta de la nave surgiera al aire libre, cuando Moore y el doctor irrumpieron de modo brusco en la cámara.

Los dos iban armados con sendas pistolas, con las cuales encañonaron a la pareja.

—¡Quietos! ¡No se muevan! —exclamó Moore.

Joyce lanzó un grito, colgándose del cuello del joven.

El doctor Pauwels se echó a reír.

—¡Qué cuadro tan enternecedor! —exclamó—. ¿Verdad que da ganas de llorar, Moore?

—¡Cállese! —Gruñó éste, de mal talante—. Éstos no son momentos para bromear.

—Desde luego que no. Un asesinato no ha sido nunca cosa de broma —contestó serenamente el joven.

—¿Quién habla de asesinatos? Nadie ha pensado en matarles, al menos por el momento. Doctor —ordenó Moore—, el capitán Dugan tiene un revólver. Desármelo.

Impotente para reaccionar, el joven hubo de verse resignado al despojo. Después, Pauwels se retiró a un lado.

—Siga manejando la nave, capitán. Yo le indicaré lo que tiene que hacer.

Dijo:

Kit miró al profesor con infinito desprecio.

—Ahora ya sé quién fue el que me golpeó cuando tratamos de hacer prisioneros a los individuos que habían incendiado la granja. Hubiera podido creer cualquier cosa de usted, Moore, poro nunca le

pude suponer cómplice consciente de unos bárbaros que extinguieron la vida en la Tierra.

—Cada uno obra como le conviene —rezongó el profesor.

—¿Cuál es el premio de su traición? —rió Kit—. ¿Alguna condecoración… o un par de palmaditas en la espalda? Actuó muy bien en la granja… aunque yo tenía mis dudas acerca de cuál de los dos había sido, si usted o Dowalsky, puesto que el doctor estaba eliminado, ya que se hallaba junto a la señorita Fulbright, y no la abandonó un momento.

—¿Cómo supo que fui yo? —rugió Moore.

—Lo he sabido ahora; ya digo que dudaba entre los dos. No era lógico que uno de los extraños se limitara a atontar a quien acababa de matar a uno de los suyos. Lo hubiera matado, simplemente, en aquel mismo lugar. Pero aunque tal cosa no se hubiera producido, después de despegar la nave, hubieran arrojado una bomba para destruimos, como hacían y hacen cada vez que ven algo sospechoso. ¿Por qué habían de respetar nuestras vidas? Sencillamente, porque tenían entre nosotros a dos de sus cómplices. Tanto es así que, mientras yo inspeccionaba la nave, usted, Moore, desconectó la protección antiradárica que envolvía a la nave, ocultándola a la detección de las naves enemigas. Eso lo advertí apenas me hube sentado para contestar al ataque del disco volador.

»Usted lo había hecho únicamente para señalar la presencia del submarino, pero no contó con que, quizá, la tripulación de esa nave, así como la de la otra que nos atacó cuando nos sumergíamos, no estaban advertidas y por ello pasó tanto miedo. La verdad, casi estuve a punto de desear que nos destruyeran, sólo para que fueran castigado un par de solemnes traidores como ustedes dos, a quienes no les importa pasar por encima de una alfombra de millones, y millones de víctimas, con tal de satisfacer los dictados de su ciega ambición personal. No han sido traidores a su país, sino a la humanidad, lo cual es muchísimo peor y más infamante. ¡Ojalá sus amigos les den el pago que se acostumbra a dar a todos los traidores!

—¡Basta ya! —jadeó Moore, lívido de ira—. La nave está ya en la superficie. Salgan fuera y no hagan el menor movimiento sospechoso. De lo contrario, dispararé contra los dos.

—Usted no hará tal cosa —replicó el joven serenamente—.

¿Cree que nos han traído aquí para matarnos? Hubiera bastado lanzarnos una bomba cuando nos hallábamos en tierra firme. Pero no tema que le haga daño, profesor; en estos momentos, aparte de cierta lástima por ustedes dos, lo que más siento es una vivísima curiosidad por conocer el lugar adonde me han hecho venir.

Se volvió hacia Joyce, cuyo rostro aparecía tan blanco como el yeso y la cogió por el brazo.

—¿Vamos?

Ella asintió en silencio. Entonces, los dos jóvenes se encaminaron hacia la escalera de acceso a la torreta, seguidos por aquella pareja de esbirros que continuaban encañonándoles con sus pistolas.

Trepando en cabeza, Kit abrió la escotilla, respirando profundamente el aire que penetraba por la abertura. Salió fuera y se inclinó, tomando la mano de Joyce para ayudarla a salir.

—¡Animo, muchacha! —sonrió, tratando de levantar su decaído espíritu—. Preveo que nuestras tribulaciones no pueden durar mucho.

—¡Dios le oiga! —respondió ella fervorosamente, saliendo a la plataforma de la torreta.

Inmediatamente lanzó un grito de sorpresa al contemplar el inenarrable espectáculo que se divisaba desde allí.

Sin embargo, y a pesar de que Kit admiraba igualmente el singular panorama que tenía ante sus ojos, su atención estaba fija en la media docena de individuos que, armados hasta los dientes, acababan de saltar a la cubierta del sumergible, con intenciones fáciles de prever.

CAPÍTULO IX



n todos los días de su vida, jamás había podido soñar Kit que existiese un lugar como aquél.

Sabía de la existencia del túnel bajo el istmo de Panamá, mas, a pesar de sus largos años de servicios en la Armada, aún no había tenido ocasión de verlo personalmente, hecho que, por otra parte, se había reservado para muy pocas y escogidas personas, dado el sigilo que se había empleado en la construcción del citado túnel.

El lugar era, claramente se veía, un colosal desembarcadero situado a muchos cientos de metros bajo tierra, un enorme puerto subterráneo al cual solamente podían, dadas sus especiales características de entrada y salida, atracar los submarinos, de los cuales había, en aquellos momentos, unas dos docenas.

Un alud de gente se afanaba en trabajar en torno a los submarinos. Había mucho movimiento, muy rápido, pero muy bien organizado, de modo que en ningún momento podía advertirse el menor fallo.

A popa del submarino que les había traído hasta allí se veía una de las entradas del túnel, un tubo colosal de más de cien metros de ancho, por cincuenta al menos de alto desde la superficie del agua al punto más elevado de su arco. Por las maniobras a que se había visto obligado a ejecutar, Kit calculó la profundidad del líquido en unos setenta y cinco metros.

Frente a él, y tan distante que apenas si se podía percibir, se advertía la otra boca del túnel, por la que, en el momento actual, emergía un submarino de tamaño análogo al suyo.

El puerto subterráneo tenía varios kilómetros de longitud por uno de ancho, de modo que en realidad era un verdadero lago el que allí se había formado. La altura de su techo era de unos doscientos metros, formando el conjunto una sólida bóveda de color negruzco, con numerosas estrías brillantes, como de piedra o lava solidificadas primero y vitrificadas después.

Esto afirmó al joven en su creencia de que aquel lugar había sido, en tiempos remotísimos, la caldera de un volcán, actualmente inactivo, y de la cual se habían aprovechado los ingenieros constructores del túnel para hacer más fácil su tarea.

Una enorme colección de potentes reflectores iluminaba el enorme subterráneo, de un colosalismo sin igual, con la misma intensidad que si fuese de día. Acaso la luz fallaba un tanto en las alturas, mas teniendo en cuenta que aquél no era un sector que se utilizase demasiado, el detalle podía pasarse por alto.

A ambos lados del lago había sendas franjas de tierra, de unos doscientos metros de anchura cada una, las cuales corrían hacia los muros verticales del subterráneo formando una suave pendiente en ascenso. Casi todo aquel terreno estaba cubierto de numerosas edificaciones, muchas de ellas sirviendo como simples habitáculos de la muchedumbre que allí se agitaba, y otras sirviendo de almacenes, oficinas y demás implementos necesarios para el buen funcionamiento del túnel.

Además, y semiempetrada en uno de los muros, Kit vio una gran construcción tipo fábrica, cuya forma no le engañó. Era una colosal central de planta atómica, productora de la ingente cantidad de energía eléctrica que allí se consumía a cada instante. Kit sabía la seguridad con que se construían aquellas centrales, pero también sabía que más de una de ellas había estallado, con pavorosos

resultados, y el solo pensamiento de lo que allí ocurriría si se producía una fase inestable en los átomos que constantemente se estaban desintegrando en la pila nuclear, le llenó la piel de un sudor helado.

En el rápido vistazo que el joven arrojó a cuanto les rodeaba, no dejó de observar algunos túneles más pequeños que, partiendo de tierra firme, se adentraban en uno de los muros, trepando hacia arriba en un ángulo de 45.º. Por uno de ellos, en aquel momento, subía un tren de vagonetas, cargado con algo que, por la distancia, no supo discernir y se dijo que los ingenieros habían proyectado aquellos funiculares aprovechando las naturales chimeneas laterales del volcán apagado.

Pero forzoso le era arrancarse a la contemplación del fascinante panorama que les rodeaba. El pelotón de guardias se hallaba frente a él, todos vistiendo un uniforme un tanto raro, cuyas divisas no supo interpretar.

El jefe del pelotón, un individuo de fornida complexión y estólidas facciones, se adelantó.

—Tengan la bondad de seguirme. Usted y la señorita.

Kit asintió y, tomando por el brazo a la muchacha, inició la marcha.

Pero en aquel momento, Moore extendió su brazo, deteniendo el avance de la pareja.

—¡Cómo! ¿Es que a nosotros no se nos llama? ¿Para qué se cree que hemos venido aquí?

El individuo lo miró fríamente.

—Con respecto a ustedes no sé nada, excepto que deben permanecer a bordo hasta que se les ordene.

—¡Pero…! —Moore parecía a punto de estallar.

Kit se echó a reír, soltando una insultante carcajada en las propias barbas del profesor.

—¡Vaya! —exclamó—. Parece que se va a retrasar el pago de la traición, ¿eh?

Moore enrojeció profundamente. Un destello de cólera brilló en sus ojos y, bruscamente, antes de que el guardia armado pudiera impedirlo, se arrojó sobre el joven.

La acción del profesor no cogió a Kit por sorpresa. Retrocedió un par de pasos y luego levantó el brazo izquierdo. Paró el golpe que le

dirigía el encolerizado Moore y luego disparó su puño derecho con demoledora potencia.

El profesor volteó sobre sí mismo y, sin poderse contener, rodó por la cubierta del submarino. Hubiera caído al agua de no haberle sujetado el doctor Pauwels quien, por otra parte, no había hecho el menor gesto durante todo el incidente.

Kit se chupó los nudillos, un tanto desollados como consecuencia del impacto contra la mandíbula del profesor. Luego, con tono duro, exclamó:

—Lástima que no me lo permitan. Con gusto le retorcería el cuello, ¡miserable traidor!

Y apenas pronunciadas estas palabras, volvió la espalda a los dos individuos, tomando nuevamente el brazo de la muchacha.

—Cuando quiera, amigo —dijo, dirigiéndose al jefe del pelotón armado.

La tropilla saltó al muelle, tomando un camino de cemento que les condujo, unos cien metros más allá, a un grupo de edificios de sencilla y moderna construcción, situados un poco más altos que el resto, de modo que pudieran dominar todas las estructuras del subterráneo. Había en la puerta del mismo un par de hombres armados, los cuales no hicieron el menor gesto para impedirles el paso.

Subieron unos escalones, franquearon una puerta, que les fue abierta por un guardia armado y luego se encontraron en un sencillo vestíbulo.

Un hombre salió por una puerta frontera. Vestía una camisa caqui, de estilo militar y unos «*shorts*». No iba armado y sobre sus hombros se veían unas extrañas insignias, cuyo significado no supo descifrar el joven.

Él recién llegado era de mediana edad y sonreía franca y abiertamente.

—¿Tengo el honor de saludar al capitán Kit Dugan?

El joven asintió.

—Encantado, capitán —dijo el otro—. Supongo que la señorita que le acompaña será la persona que nos han señalado como Joyce Fulbright.

—Así es —dijo secamente la muchacha.

—Yo soy el coronel Bradson, ayudante personal del Número

Tres.

Kit arqueó una ceja, muy sorprendido por las últimas palabras.

—¿Número Tres? —exclamó.

—Sí, capitán. Así llamamos a uno de nuestros… Pero, pasen, por favor; les está aguardando y él mismo les explicará las cosas mucho mejor que yo. Por aquí, tengan la bondad.

Enormemente intrigados por el extraño giro que estaban tomando las cosas, los dos jóvenes siguieron al coronel. Pasaron a otra habitación, en la cual una impersonal mecanógrafa, que no les hizo el menor caso, tecleaba frenéticamente en su máquina, y luego Bradson se detuvo ante una puerta, que se abrió por sí sola.

—¿Quieren entrar? —les indicó el coronel, echándose a un lado.

Kit asintió y, asiendo el brazo de Joyce, cruzó la puerta, que se cerró de inmediato, automáticamente, a sus espaldas.

Por unos momentos el hombre que había allí, parapetado tras una colosal mesa de escritorio, y los recién llegados, se contemplaron en silencio. Después, el llamado Número Tres les indicó dos sillones que había frente a la mesa.

—Siéntense, por favor —dijo con voz gutural.

Kit observó al hombre, de una obesidad enorme, cuyo cráneo estaba totalmente rapado. Posiblemente sería tardo de movimientos, pero los ojillos que asomaban a través de la grasa que le rebosaba por todos los poros de sus enormes mejillas no mentían acerca de la inteligencia que poseía su dueño.

Número Tres juntó los dedos de las manos y sonrió beatíficamente a la pareja.

—Estoy seguro —dijo con tono plácido—, de que ustedes dos están deseando saber cuáles son los motivos por los que han venido a parar aquí, ¿no es así?

Kit y Joyce asintieron con mudo gesto. Número Tres prosiguió:

—Antes de nada, será preciso darles una pequeña explicación de lo que ha sucedido y está sucediendo y que, seguramente, a ustedes debe tenerles sumamente intrigados.

—En lo que respecta a mí, Número Tres, sólo a medias —declaró sorprendentemente el joven.

—¿De veras? Entonces es usted más listo de lo que creíamos, capitán. Vamos a ver, ¿qué es lo que sabe usted?

—En primer lugar, que los ataques que virtualmente han

exterminado la raza humana sobre la superficie de la Tierra, no han partido como generalmente se supone, de algún planeta extrasolar, sino de aquí. No hay superhombres, sino solamente hombres que han cometido el más vil y traicionero de los crímenes, con el solo objeto de saciar sus concupiscentes ambiciones de poderío y mando.

Las facciones del Número Tres se endurecieren.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —dijo, con tono acerado.

—Sencillamente, porque todo, en medio de la gran tragedia que han desencadenado, ha sido un gigantesco «bluff», de principio a fin. Las escafandras de vacío estaban destinadas a convencer a los ilusos de que sus ocupantes eran seres que no podían resistir el oxígeno terrestre, cuando lo cierto era que lo que no podían resistir era el licor. Ignoro los motivos que han tenido para cometer este colosal genocidio, pero quiero que sepa una cosa, Número Tres: Ocurra lo que ocurra, usted y sus detestables cómplices acabarán por pagar con la vida los atroces crímenes que han cometido.

—¿Nada más? —preguntó el hombre obeso.

—Podría decir más cosas, pero con lo que acabo de manifestar hay más que suficiente.

—En efecto —dijo el Número Tres—; hay más que suficiente. Sin embargo, veo que no ha hecho usted alusión alguna a los motivos que nos impulsaron a obrar de este modo.

—Ya dije que era la ambición y el apetito de poder —repuso el joven secamente.

—¡No! —exclamó el gordo, dando un fuerte puñetazo en la mesa —. ¡No es lo que usted afirma, capitán! La raza humana estaba degenerándose, entregándose cada vez más a la molicie y a la ociosidad, satisfecha o poco menos de que fueran las máquinas las que desempeñasen el papel de los antiguos trabajadores. Era preciso crear una raza fuerte, una raza de hombres audaces, decididos, resueltos y laboriosos, que edificasen un mundo nuevo de entre las ruinas aun humeantes del antiguo. Además, corríamos el riesgo de una superpoblación que estaba en vías de agotar las reservas del globo. Y los demás planetas del sistema solar, convengamos en ello, no tienen las suficientes cualidades de habitabilidad como para acoger en ellos el excedente de la población humana, que crecía monstruosamente de día en día.

—Y por cortar de raíz todos esos males —sonrió

desdeñosamente el joven—, ustedes exterminaron a la Humanidad.

—Justamente, capitán.

—Eso me recuerda a un médico pueblerino que conocí. Curaba todas las enfermedades… con un hachazo en la garganta. Pero un buen día se le descubrió tan singular medio de sanar a la gente y a él le curaron también. Con calor… producido por una fuerte corriente eléctrica.

Número Tres sonrió benignamente.

—¿Piensa usted aplicarme también a mí el mismo tratamiento, capitán?

—No será por falta de ganas —repuso el joven con descaro.

—Es usted un fresco, capitán —contestó el gordo—, frescura que puede disculpársele considerándola como un lógico producto de su juventud. Pero nosotros, es decir, el gobierno de los Cinco, o la Pentarquía, como quiera llamarla, aspiramos a un mundo nuevo, de paz y de tranquilidad perfectas, en donde las palabras guerra o injusticia estén proscritas.

—¡Hermosa propaganda para incautos! —exclamó Kit cáusticamente.

—¡Es la pura verdad! —recalcó el Número Tres—. Con nosotros están los fuertes, los audaces, los inteligentes, los valerosos; hombres y mujeres sanos física y espiritualmente, que se han unido a nosotros para dar origen a una raza nueva, pura y sin mácula, que renovará de raíz a nuestro viejo planeta.

—Y los hijos de esos padres se avergonzarán un día de ellos, cuando sepan que descienden de una partida de criminales y asesinos.

—No sucederá tal cosa, porque el mundo en que se hallarán será tan distinto al que existía hasta hace poco, que considerarán como una gloria lo que usted cree pecado. Una nueva Tierra se fundará sobre los escombros de la vieja y nada en ella recordará el pasado.

—Excepto los miles de millones de cadáveres que aún están insepultos.

Número Tres agitó una mano desdeñosamente.

—¡Bah! Eso es una insignificancia. Dentro de dos años ya no quedará el menor rastro de esos cuerpos. La lluvia, el sol, los elementos atmosféricos, en fin, habrán hecho desaparecer sus restos. Y entonces, nosotros saldremos de la obscuridad para vivir

en la luz.

Kit se encogió de hombros.

—Por lo visto, no se le puede convencer a usted, Número Tres. ¿Es para esto para lo que me han llamado aquí?

El gordo asintió.

—Sí, pero no se haga demasiadas ilusiones, capitán. No ha sido usted sólo ni lo será. Tenemos numerosos agentes que van eligiendo, de entre los supervivientes, los mejores hombres y mujeres, los más fuertes y sanos a par que inteligentes y capacitados, tanto técnica como científicamente, con el fin de aumentar nuestro caudal de población preparada para el asalto final al planeta. Usted puede ser un elemento valioso para nosotros, un buen comandante de nave, pero tampoco vacilaremos en suprimirle si se empeña en ponerse frente a la Pentarquía y a todos cuantos siguen sus dictados. Tenemos naves en abundancia y en la superficie hay riquezas sin cuento —no me refiero a las estrictamente monetarias—, sino a muchas otras cosas que, pese a todo, no han sido destruidas y que pueden ser aprovechadas. Le ofrecemos el mando de una de esas naves y un magnífico puesto para el porvenir, en unión de la señorita Fulbright. Ahora —concluyó el Número Tres—, es usted, capitán Dugan, el que tiene la palabra.

—Pudiera ocurrir que yo me negase.

—Ya le he dicho lo que le sucedería en tal caso.

—Supongo —dijo Kit, tras unos momentos de reflexión—, que no me exigirá usted una respuesta inmediata.

—Oh, por supuesto que no. Tómese todo el tiempo que quiera, capitán. Puede, incluso, pasearse libremente por el interior del subterráneo; nadie le dirá una palabra. Si se une a nosotros, no importa que conozca nuestros secretos… y si decide rehusar, bien, entonces, tampoco podrá repetirlo a nadie.

Kit asintió. Volvió la vista a un lado y miró a Joyce la cual aparecía, serena, pero muy pálida.

—Suponiendo que aceptase, Número Tres, ¿me enviarían ustedes a bombardear los restos de supervivientes que todavía quedan?

—No. Ya le he dicho en qué consistiría su labor. Las patrullas por el exterior son cosa de gente especializada.

«Asesinos especializados estaría mejor dicho», pensó el joven, pero, prudentemente, sin formular en voz alta sus pensamientos.

—Está bien —dijo—. De momento, me reservo la respuesta.

—Le advierto que sólo tiene veinticuatro horas de plazo, capitán —dijo el gordo.

—Posiblemente le haré saber mi decisión antes de ese espacio de tiempo.

Número Tres apoyó su dedo índice sobre un botón situado en un ángulo de la mesa.

—Muy bien —dijo—; sea lo que sea, cuando haya decidido darme la respuesta, hágalo por mediación del coronel Bradson.

Kit se puso en pie, entendiendo que se les despedía. Tomó la mano de Joyce.

—Gracias por sus explicaciones, Número Tres. La conversación que hemos sostenido ha sido realmente instructiva. Tendré en cuenta sus interesantes ofertas.

Bradson en persona les acompañó hasta la puerta. Una vez allí les dijo:

—Vayan por donde quieran, sin restricción alguna. Cuando oigan el tañido de un «gong», acérquense al primer comedor que encuentren al paso. Nadie les hará preguntas para darles de comer.

—Realmente, el sentido de la hospitalidad de la Pentarquía y de quienes les sirven está altamente desarrollado —dijo Kit, con fina ironía, que no pasó desapercibida para el otro—. Muchas gracias, coronel.

—A su disposición, ya lo sabe, capitán Dugan. Hasta la vista.

Kit cogió el brazo de la muchacha y, juntos los dos, comenzaron a pasear lentamente, admirando con curiosidad todo cuanto les rodeaba. Tal como les habían dicho, nadie les molestó en lo más mínimo, ni tampoco se preocuparon de lo que hacían.

Maquinalmente, Kit encaminó sus pasos hacia los muelles. Mientras tanto, Joyce le preguntó:

—¿Qué opina usted de todo esto, Kit?

—La verdad, no nos dan mucho para elegir, Joyce. ¿Qué haría usted en mi caso?

Ella inclinó la cabeza.

—De nada nos serviría resistir ni oponemos a su voluntad. Ellos son los más fuertes ahora y, lo queramos o no, habremos de

plegarnos a sus deseos.

—Lo mismo opino yo —repuso el joven con tonos sombríos—. Pero ¡entrar al servicio de estos miserables asesinos…! ¡Oh, cómo me gustaría destruir todo esto de raíz!

—Es algo, prácticamente imposible, Kit. No nos queda sino resignarnos y claudicar y convertimos en sus esclavos.

—Ésa es la palabra justa, Joyce: sus esclavos. Porque es inútil y absurdo pensar que esos cinco hombres, sean quienes sean, que quieren fundar un mundo mejor, vayan a lograrlo. Por el contrario, lo único que persiguen es la satisfacción de sus más bajos apetitos, a costa de la ingenuidad de unos cuantos millares de desdichados que han creído en sus seductoras palabras.

»No habrá mundo mejor —continuó el joven—, sino todo lo contrario. Cuando, al fin, los pentarcas juzguen oportuno establecerse en la superficie, entonces vendrá la era del salvajismo y la corrupción, mucho más que ahora. Fuera han quedado infinitas riquezas que no han tenido tiempo de ser destruidas. Todos éstos que están aquí ahora, se dedicarán, indefectiblemente, a la búsqueda de eses tesoros abandonados. Entre las ruinas hay una cantidad fabulosa de joyas, de dinero, de objetos valiosísimos que actualmente no tienen dueño. ¿Piensa el Número Tres que podrá contener a sus esclavos? Entonces es que no conoce a los hombres… y si usted no me cree, Joyce, me remito a lo que sucedió en la granja, cuando vi aquellos individuos borrachos como cubas. Si esto pasa a los dos meses escasos de la catástrofe, ¿qué es lo que no sucederá dentro de seis, de un año, de dos? Los cinco hombres que componen este gobierno de asesinos no podrán dominar a los que les sirven y estallarán las rebeliones y los motines, con su inevitable secuela de desórdenes y muertes. Todo el mundo querrá lo mejor para sí, y como todos, a la vez, no lo podrán tener, pues… ¿Se lo imagina usted, Joyce?

La muchacha asintió. Las palabras de Kit no tenían vuelta de hoja. Eran por completo irrefutables.

En aquel momento llegaban al muelle.

CAPÍTULO X



n aquel momento se despegaba del embarcadero un enorme submarino. No se veía a nadie sobre sus cubiertas y era evidente que la maniobra se realizaba desde el interior por telecomando.

Bruscamente, toda la mitad anterior del submarino pareció partirse en dos, como el caparazón de algún gigantesco insecto. Dos enormes hojas de acero se abrieron a ambos lados y en aquel momento, un aparato, cuyo tipo era bien conocido de ambos jóvenes, se elevó lentamente en el espacio.

—¡Fíjese, Kit! —exclamó la muchacha.

La nave aérea ganó altura, realizando unas cuantas evoluciones sobre el lugar a reducida velocidad. Después de haber maniobrado varias veces en todos los sentidos, regresó a marcha lenta hacia el mismo sitio de donde había salido, introduciéndose de nuevo en su alvéolo.

Las hojas volvieron a cerrarse, sin producir el menor ruido. En

seguida, el sumergible zarpó, al mismo tiempo que iba hundiéndose en el agua. Kit lo miró marchar con aire sombrío.

—Ahí tiene usted aclarado el sistema que utilizan para desencadenar sus ataques —dijo—. No es extraño que nadie haya podido localizar sus naves.

—¿Cómo se sostiene en el aire? —preguntó ella, intrigada.

Kit se encogió de hombros.

—Posiblemente por un mecanismo de antigravedad. Es la única explicación satisfactoria que cabe, a la vista de lo sucedido.

—Y ahora —murmuró Joyce—, una vez que hayan salido del túnel, esa nave empezará su servicio de patrulla, bombardeando todo cuanto de sospechoso encuentre a su paso.

—Es lo más probable —contestó él.

Hubo una corta pausa de silencio. Después, la muchacha preguntó:

—¿Qué habrá sido de Dowalsky?

—¡Es verdad! —exclamó Kit—. Con todo lo que nos ha ocurrido, lo había olvidado por completo. Le compadezco; habrá quedado allí, en la esclusa y…

—¡Saludos, amigos! —dijo en aquel momento una voz—. ¿Tendrían inconveniente en acompañarme? Tengo orden de enseñarles sus alojamientos.

Kit y Joyce se volvieron con gesto simultáneo, lanzando un unánime grito de sorpresa, al ver ante ellos a la persona a quien acababan de evocar.

—¡Dowalsky!

—¡Psst!… ¡Cuidado! No hagan el menor gesto sospechoso o nos arrancarán la cabeza de los hombros —contestó el aludido—. Sigan a mi lado y actúen con naturalidad.

Kit se quedó sin habla. Dowalsky estaba ante ellos, vistiendo el uniforme de los esbirros y llevaba pendiente del hombro uno de aquellos extraños fusiles. Su actitud no podía parecer más natural en aquellas circunstancias.

Echaron a andar, colocándose uno a cada lado. Impaciente, acuciado por la enorme curiosidad que sentía, Kit preguntó:

—¿Qué es lo que ha estado usted haciendo, Dowalsky?

—Lo verá dentro de muy poco, quizá antes de lo que usted mismo se figura.

—¿Cómo consiguió volver al interior del submarino?

—No volví adentro —rió el extraño personaje—. No me dio tiempo. Lo único que pude hacer es adherirme al casco y dejarme llevar. Me solté cuando estaba a punto de emerger y… bien, aquí estoy.

—¿Cuáles son sus planes? ¿Qué es lo que pretende usted hacer?

Los ojos de Dowalsky brillaron con fiereza.

—Ustedes me son simpáticos —contestó—. Por eso les he estado buscando hasta encontrarles. Quiero salvarles la vida, pues voy a destruir de raíz esta madriguera de asesinos.

Kit se estremeció.

—¿Cómo piensa hacerlo?

—Lo verá dentro de muy poco, le repito. Ahora, síganme. Estoy tratando de salvarles la vida.

—Entonces… —murmuró el joven—, usted tenía razón cuando me dijo que habríamos de comenzar la reconquista del planeta desde «Punto Cerebro».

—Así es.

—Pero… ¿usted no es de la pandilla?

—En apariencia y porque no me quedaba otro remedio —contestó Dowalsky, ceñudo—. Pero cuando he visto la cantidad de crímenes que se han cometido en nombre de un supuesto mundo mejor, el estómago se me ha revuelto hasta la náusea. Era cierto que estaba en aquel refugio, por orden de la Pentarquía, tratando de atraer aquí a la gente que lo mereciera. Ustedes dos son una buena muestra de ello.

»Pero todo lo que hacía no era más que un medio de poder llegar aquí y asestar el golpe definitivo. Me ha costado bastante trabajo, pero al fin lo he conseguido.

—¿De qué manera?

—Tengan un poco de paciencia. Ahora lo verán.

Dowalsky no quiso contestar a más preguntas por el momento. Componiendo una expresión de circunstancias, caminó con la pareja, como si la guiara por orden de algún superior.

Rebasaron las últimas filas de edificios, atravesando un espacio pelado y completamente liso, inclinado hacia arriba. Con infinito asombro, Kit observó que Dowalsky les conducía hacia una de las chimeneas del volcán apagado, que había sido aprovechada para

construir en ella uno de los funiculares de carga.

A la salida de la misma, había una especie de patio de maniobras ferroviario, donde unas poderosas máquinas eléctricas iban y venían, situando las vagonetas en los distintos apartaderos. El funicular era de vía doble con el fin de que un tren pudiera subir en tanto que el otro bajaba.

El joven se estremeció al pensar en la inmensa cantidad de trabajo que había costado todo aquello, y también pensó en que los cinco asesinos que componían la Pentarquía debían tener meditado su inmenso crimen desde hacía muchísimo tiempo. Pero el momento no era para perderse en consideraciones que a nada práctico podían conducirles.

Un hombre armado les salió al paso.

—¿Dónde van ustedes? —les preguntó con desconfianza.

—Tengo orden del Número Tres de enseñarles a los nuevos todas las maravillas que se albergan en el subterráneo —contestó Dowalsky inmediatamente con pomposo tono.

—No será aquí —refunfuñó el guardia—. Podrán haberte encargado de hacer el cicerone, pero mis instrucciones son las de no permitir el paso a nadie que no lleve una autorización en regla.

Kit no comprendía bien lo que pretendía Dowalsky, pero trató de ayudarle.

—El Número Tres nos dijo que podíamos ir por cualquier sitio —se quejó—. ¿Qué pasa? ¿Es que va a mandar usted mas que uno de los jefes?

El guardia se desconcertó levemente.

—Mis órdenes… —empezó a decir, pero Dowalsky le interrumpió bruscamente.

—¡Al diablo tus órdenes! ¡Déjanos pasar o haré que te arranquen la piel a tiras!

A pesar de todo, el individuo no cedía.

—Quedaos aquí —refunfuñó—; voy a llamar al jefe de mi pelotón y que él decida.

—Está bien, pero date prisa. No vamos a estar aquí perdiendo el tiempo porque un miserable como tú no sepa cumplir con su obligación.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo —contestó el otro hoscamente. Dio media vuelta y se alejó.

—¡Dowalsky! —exclamó el joven—. ¿Qué es lo que pretende usted?

Antes de contestar, el extraño individuo consultó su reloj de pulsera.

—Ya falta poco —murmuró, como hablando consigo mismo—. Antes de cinco minutos…

Una súbita sospecha surgió de modo repentino en la mente del joven. Recordó el momento en que viera a Dowalsky alejarse nadando, con aquella cajita bajo el brazo.

La frente se le cubrió de un sudor frío al adivinar lo que iba a suceder en el plazo señalado.

—¡Dios mío! —exclamó, sin poder contenerse—. ¡La esclusa va a volar!

Dowalsky le arrojó una mirada de enojo.

—Desde luego —gruñó—, pero no es necesario que lo ande voceando a los cuatro vientos. Sí, coloqué allí una potente carga explosiva que estallará dentro de… ahora sólo cuatro minutos y medio. Las chimeneas dan al exterior y es el único medio que tenemos de escapar, con permiso de estos mamarrachos.

El guardia de antes regresó, acompañado de un hosco individuo, en cuyas hombreras se veían las raras insignias que ya el joven había observado en Bradson. Parecía un sargento o algo por el estilo y miró con hostilidad al trío.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —Gruñó, de mal talante.

—¿Es que no se lo ha dicho este bruto? —replicó en el mismo tono Dowalsky—. Vamos, déjenos pasar; le aseguro que…

—Imposible; las órdenes son demasiado estrictas —contestó el individuo—. Den media vuelta y aléjense inmediatamente de aquí.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Dowalsky.

—La boca externa del túnel está situada a unos cien metros bajo el nivel del mar. Si las compuertas fallaran, todo esto quedaría inundado, ¿no es así?

La mandíbula del guardián quedó colgando.

—¿Qué es lo que quiere decir? —masculló.

—Sencillamente —repuso Dowalsky, sin perder la sangre fría—, que dentro de… justamente tres minutos y veinte segundos, una potente carga explosiva romperá la esclusa y el agua se precipitará aquí con la fuerza que es de suponer. ¿Y qué crees que sucederá

entonces, pedazo de idiota? ¡Apártate y déjanos pasar; no tenemos ganas de morir aquí como sardinas!

El guardia vaciló.

—¡Estás loco…!

Dowalsky decidió pasar a la acción directa. Con gesto rapidísimo, imposible de prever, se descolgó el arma del hombro y apuntó a los dos esbirros.

—¡Fuera! ¡Dejadnos paso u os ametrallo! ¡Fuera he dicho!

Los dos guardias retrocedieron un par de pasos, terriblemente asustados por la inopinada actitud de Dowalsky. Pero uno de ellos, comprendiendo que la cosa iba en serio, dio media vuelta y echó a correr, sin duda con ánimo de prevenir a sus superiores de la catástrofe que se avecinaba.

Dowalsky no vaciló. Apretó el gatillo y el hombre dio una voltereta cayendo al suelo hecho un guiñapo.

El disparo no hizo el menor ruido, porque el rifle iba provisto de silenciador. Pero el sargento iba provisto de una pistola que desenfundó apenas vio que Dowalsky hacía gestos hostiles.

Los dos hombres dispararon a un tiempo, hiriéndose mutuamente. Ambos cayeron al suelo simultáneamente.

La gente que había allí comenzó a alarmarse ante lo que sucedía. Kit se inclinó sobre Dowalsky, por cuyo rostro empezaba a extenderse una mortal palidez.

—No… ya estoy listo… Márchense cuanto antes… ¡Pronto… ya sólo quedan… dos minutos! ¡Vamos, aprisa… aprisa!

Una extensa mancha de sangre aparecía en el pecho de Dowalsky. Kit comprendió que, efectivamente, el hombre no tenía remedio y se puso en pie.

—¡Adiós, amigo! Siempre le recordaremos como el mejor…

Pero se interrumpió; Dowalsky ya no le oía.

Entonces se agachó y tomó el rifle que se había desprendido de las manos de Dowalsky. Luego gritó:

—¡Vámonos de aquí, Joyce!

Los dos jóvenes echaron a correr hacia uno de los trenes que en aquellos momentos partía hacia arriba. La entrada de la chimenea estaba situada a unos cien metros de distancia.

Un par de guardias armados les salieron al paso, tratando de detenerles. Kit no vaciló; se trataba de sus propias vidas, y, sin

detenerse, hizo fuego.

Los dos guardias cayeron desplomados. Había por allí numerosos obreros los cuales estando desarmados, huyeron prudentemente de aquel jaleo, dejando el paso libre a la pareja.

En pocos segundos llegaron a la última vagoneta, justo cuando el funicular comenzaba a adquirir velocidad. El maquinista se volvió, sobresaltado, al ver que una pareja invadía sus dominios. Pero bastó que el joven le apuntara con el arma, para que el hombre se dedicara de lleno al manejo de su locomotora.

Algunos soldados corrieron tras ellos, con ánimo de detenerlos. Un par de descargas les convencieron de que obrarían prudentemente quedándose a cubierto y se retiraron a ambos lados de la boca de la chimenea.

En aquel momento, justo cuando la última vagoneta desaparecía en el interior de la chimenea, el suelo tembló.

Instintivamente, Joyce se apretó contra el joven.

Un sordo rugido, de volumen rápidamente creciente, hirió sus tímpanos.

Gritos y alaridos de pavor llegaron hasta sus oídos.

Algunos, los más listos quizá, comprendieron la catástrofe que se avecinaba y corrieron hacia el único medio de salvación que había: los funiculares; y los asaltaron en masa, enloquecidos, aterrorizados, ciegos para todo lo que no fuera salvar la vida al precio que fuera.

Súbitamente, algo estalló con la potencia de mil cañonazos. Una enorme tromba de agua, de un volumen incalculable, hizo irrupción en el subterráneo, arrasando todo cuanto encontraba a su paso.

Los submarinos fueron arrancados de sus amarraderos como si fueran frágiles barquillas y lanzados unos contra otros, en medio de espantosos crujidos y chasquidos, que eran, sin embargo, apagados por el estruendo de las aguas que penetraban con tremenda potencia en el interior de la gran caverna.

Los edificios más bajos fueron arrasados como frágiles castillos de naipes, envolviendo bajo sus ruinas a las personas que se encontraban en ellos. Construcciones de todo género, grúas, maquinaria, todo fue envuelto en las sucias espumas del agua hirviente y lanzados todos los aparatos unos contra otros, antes de quedar para siempre sumergidos en el líquido.

El mar continuó entrando. El primer golpe, como consecuencia

de la presión ejercida, recorrió con vertiginosa marcha toda la longitud del subterráneo, yendo a estrellarse con el estruendo de mil cañonazos contra la pared opuesta, elevándose sus espumas a grandísima altura.

Después, la marea retrocedió. Pero su nivel empezó a crecer rapidísimamente, inundando todo en pocos momentos. Era un caudal de billones de metros cúbicos por segundo el que penetraba en la caverna con enorme rapidez, sin que existiera fuerza humana capaz de contener aquel devastador alud.

Kit sintió junto a su rostro la bofetada del aire expulsado violentamente al crecer el nivel del agua. Por unos momentos, temió que el mar llegase a alcanzarles, pero el maquinista del tren, horrorizado, dio toda la marcha posible con el fin de alejarse cuanto antes de la catástrofe.

El viento rugió en sus oídos, en tanto que subían sin cesar. Aún se mojaron un poco con las últimas oleadas de la tromba, pero, afortunadamente, habían alcanzado ya un nivel suficiente como para no temer nada.

Diez minutos más tarde surgían al exterior, a plena luz del sol. Unos cuantos rostros ansiosos les rodearon, preguntando las causas de la catástrofe, pero Kit no quiso contestar en absoluto. Cogió a la muchacha por el brazo y echó a correr, huyendo de aquel lugar donde ahora sólo reinaba la muerte y la destrucción.

Horas más tarde se sentaron a descansar. Estaban solos, pero ahora sabían que no tenían nada que temer.

Dejaron pasar unos minutos en silencio, sin fuerzas para hablar.

Al fin, Kit dijo:

—Joyce, gracias a Dios, todo se ha acabado ya.

—Sí, Kit —contestó ella, sonriéndole luminosamente.

—Todavía quedan aquí muchas naves. Pero sus ocupantes tendrán que rendirse cuando sepan que «Punto Cerebro», el lugar más infernal de la Tierra, ya no existe. Se desperdigarán, confundiéndose con los escasos supervivientes que ahora quedan. Y no deja de ser una lástima, porque se merecen un severo castigo por su ambición y crueldad sin límites.

Ella asintió en silencio. Kit prosiguió.

—Todavía tenemos mucho que hacer, Joyce. Nuestro mundo está en ruinas. Hemos de reconstruirlo, pero no bajo la base de la

ambición y la codicia, sino apoyándonos en la paz y en el amor mutuos.

De repente, un extraño sonido quebró la paz de aquel atardecer.

Los dos jóvenes se miraron mutuamente, enormemente sorprendidos al escuchar aquel sonido.

Kit se puso en pie.

—Ven, Joyce —exclamó—, es aquí cerca.

Corrieron, juntos de la mano, saliendo de la selva tropical en que se hallaban a un claro, en el que había un edificio en ruinas.

Era una antigua iglesia, destruida en su mitad. Pero, por una extraña casualidad, la espadaña se había mantenido en pie y en ella volteaba alegremente una pequeña campana, que era la que producía aquel armonioso tintineo.

—¡Ven —exclamó Kit—, nos llama a nosotros!

—¿A nosotros solos? —contestó ella—. ¡Mira!

De distintos puntos acudían personas, concentrando sus caminos en la ruinosa iglesita. Venían atravesando campos incultos y trozos de bosque, pero todos marchaban alegres y confiados. Y la campanita seguía sonando, expandiendo sus claras notas por la plácida calma del atardecer.

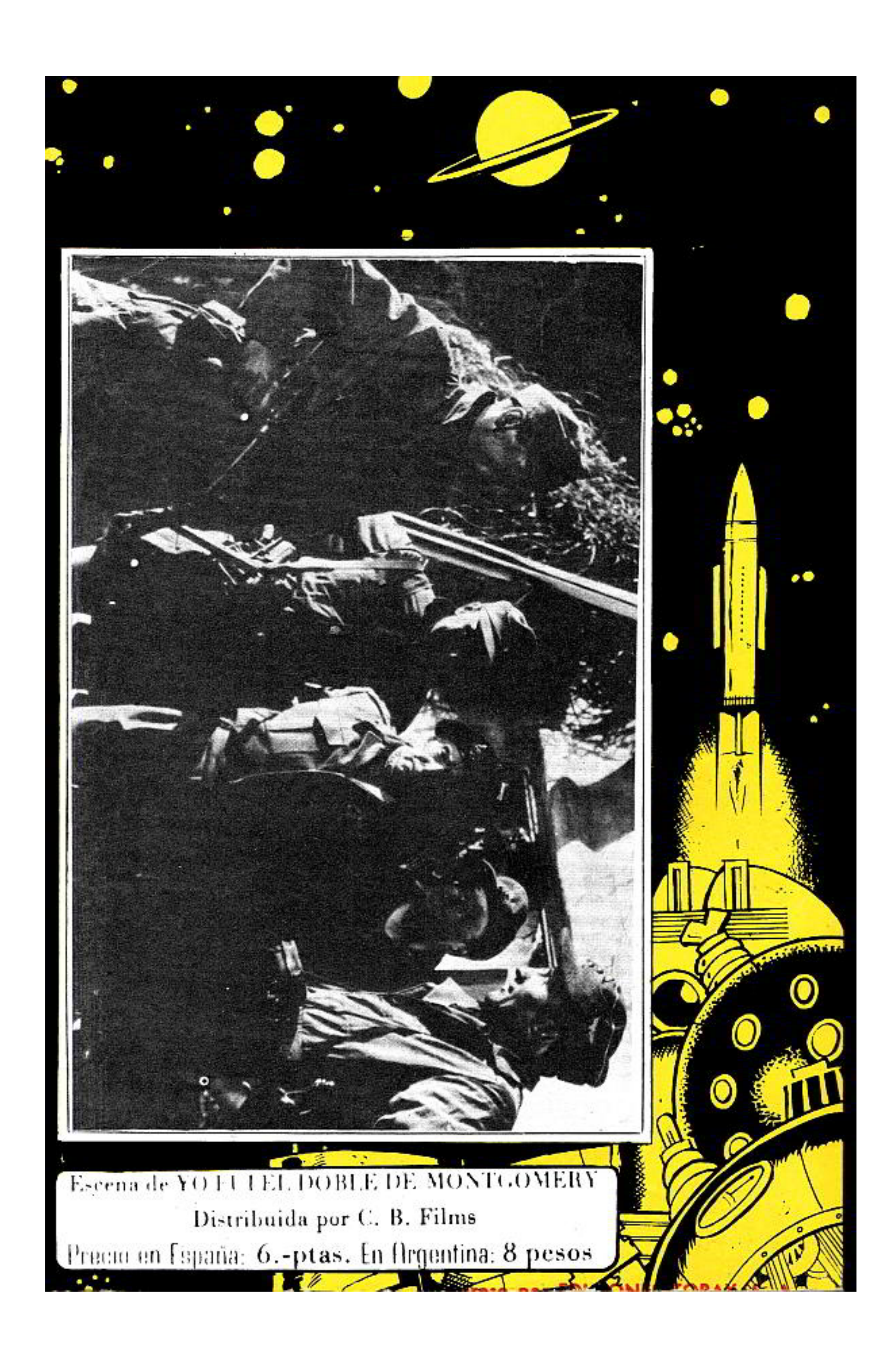
Kit y Joyce se miraron, felices, sonrientes.

—Vamos —dijo el—. Ahí hay un sacerdote. Seguramente no se negará a prestarnos un gran servicio. ¿No lo quieres tú así?

La muchacha apoyó su cabeza en el hombro del amado.

—Sí, Kit —respondió—, así lo quiero. Para toda la vida.





Escena de YO FUI EL DOBLE DE MONTGOMERY

Distribuida por C. B. Films



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Un lapso del autor. Anteriormente cita dicha cabellera como rubia. (Nota del revisor). < <